Agatha Berner



# DE TU CAMA AL CIELO

# DE TU CAMA AL CIELO

## By

**Agatha Berner**



Kindle edition

Primera edición

Published by EditorMalvira.com

http://www.EditorMalvira.com



Agatha Berner

EL PRINCIPIO DEL FIN

FLOR

DEL AMOR AL ODIO

MUJERES

DETRÁS DE UN SUEÑO

## EL PRINCIPIO DEL FIN

Resulta grotesco echar la vista atrás y darse cuenta de que todo es mentira, lo que deseas hoy mañana lo aborreces, lo que te genera hoy placer, otro día te provocará inquina, lo que siempre deseaste, una vez conseguido te ahoga, te esclaviza, te atrapa de tal modo que ya no puedes escapar, porque sin tus cadenas, como bien dijo Platón, te sientes inseguro, vacío, asustado… amamos nuestras cadenas y tememos nuestra libertad por mucho que nos empecinemos en gritar lo contrario. El hombre es animal de costumbres, el hombre es un lobo para el hombre, y tu peor enemigo eres tú mismo. Ahora daría mi vida por lograr lo que nunca quise, porque ahora mi libertad está en lo que siempre entendí como esclavitud y la esclavitud está en lo que siempre consideré mi única libertad. Ahora mi felicidad se debate inerte en una mohína y pútrida cama de hospital.

Ella odiaba los hospitales. Se le cambiaba la cara al entrar en uno; se quedaba pálida, triste, no quería tocar nada y se tapaba la nariz con las manos porque decía que el olor es un compuesto de partículas que penetran en tu pituitaria y llegan a tu estómago a través de la faringe, el esófago… lo que sea que recorran dichas infectas partículas, no quería tragar ese olor, no quería saber nada de un sitio así, le daba miedo, porque allí solo hay dolor, enfermedad, sufrimiento y ella huía de todo eso.

Había pasado sus días eludiendo los problemas. Los esquivaba como si la vida fuera una carrera de obstáculos y tuviera que sortearlos para no sufrir; lo había hecho muy bien…se había alejado de todo con gran destreza, y tuve que llegar yo para provocar el choque mortal entre mi vida perfecta y la suya, a su manera.

Cuando la conocí no sabía lo que era contemplar a una mujer, tenía mucha prisa por degustar la pieza lograda y seguir a lo mío como si nada. Mi vida era un continuo devenir, mi trabajo era mi vida, lo demás era puro entretenimiento, un simple desahogo del estrés acumulado.

Empezaba a estar harto de todo aquello. Siempre de lado a lado, me estaba cansando ya esa vida, sin rumbo, sin casa, sin patria.

Mis amigos me envidiaban, siempre viajando rodeado de mujeres hermosas, incluso yo mismo me asombraba de no ser feliz, un hombre libre, sin ataduras, con una amante en cada puerto, pues sí se supone que era un gran afortunado, así tendría que sentirme, pero no, estaba vacío, profundamente vacío, sin ilusión, me faltaba ella. Cierto es que había disfrutado mucho a lo largo de mi carrera, ser piloto siempre fue la ilusión de mi vida.

Mi padre tenía un ultraligero, él mismo lo había confeccionado. Consiguió los materiales y los ensambló cuidadosamente, seleccionó con primor cada tubo, cada tornillo, cada tuerca. Primero construyó el chasis, seguido del motor, los controles, y finalmente disfrutó como un niño tuneándolo con gruesas lonas plastificadas para el ala y la carrocería hecha a base de placas de acero de color negro, que servían de revestimiento a una vieja cuna que encontró en el trastero y sobre la que pintó una enorme calavera. Parecía un barco pirata fantasma surcando los cielos.

Cuando lo consideró terminado nos llamó a todos para que le viéramos despegar o morir en el intento. Mi madre no quiso presenciar el acontecimiento y si lo hizo fue a través de las cortinas de ganchillo que cubrían las ventanas de su dormitorio. Encendió el motor tirando de una especie de cuerda y se metió en el interior de su precario artilugio volador con una sonrisa socarrona en el rostro. Mi padre tenía una sonrisa maravillosa, sus blancos dientes relucían con la misma intensidad que sus brillantes ojos negros, no podías asegurar si sonreía con los ojos, con la boca, o con ambas cosas. Aceleró a tope el motor y salió corriendo por la pista que se había construido sacrificando parte del huerto que nos abastecía a lo largo del año. Aquel cacharro suicida corrió a toda velocidad levantando el polvo de la pista a su paso y justo cuando estaba a punto de estrellarse contra la tapia que separaba nuestra casa de la del señor Basilio, y todos nos echábamos las manos a la cabeza, se elevó por los aires y dio un giro sobre nuestros atónitos rostros. Mi padre reía a carcajadas y levantaba los brazos con aire triunfal, y yo corría gritando de alegría, - ¡Ahora yo papá, ahora yo, me toca…!

En ese momento mi padre se convirtió en un héroe para mí, era un hombre genial, emprendedor, activo, un loco inigualable, libre, imposible de amarrar, no había nada que le hiciera renunciar a su libertad, ni mi madre, ni sus hijos, ni un trabajo, ni un sueldo, ¡nada!. Desaparecía durante meses y volvía cargado de dinero y regalos para todos. Pasaba unos días en casa, a la que entraba solo para dormir y

volvía a desaparecer… pero cuando estaba siempre me llevaba con él, íbamos a andar por el monte y me enseñaba los nombres de todas las plantas que encontrábamos, me enseñó a distinguir a los pájaros y a orientarme en mitad de la montaña, lo pasábamos genial, yo le pedía que no me dejara nunca. Me explicó que la vida es un recorrido que ha de hacerse en soledad, y que hay que aprovecharla a tope porque nunca sabes cuando se te va a acabar; también me dijo que no debes nunca encariñarte demasiado de las cosas, ni de las personas, porque entonces tus alas se quiebran y un pájaro con las alas quebradas muere de pena… Decía que nosotros éramos su mayor logro y su mayor error, que nos quería, que estaba enganchado a nosotros como una droga, y que las drogas han de consumirse en pequeñas dosis para que no te maten.

Mi madre sufría profundamente, pero lo amaba y nunca nos habló mal de él, decía que era un alma libre y eso no se puede controlar, decía que él necesitaba su libertad como nosotros el aire para respirar y que algún día desaparecería para siempre.

Cuando aterrizó corrimos a recibirle, hasta el vecino que siempre estaba pendiente de todos nuestros movimientos, sobre todo cuando estaba mi padre. Todos fuimos a felicitarle por su proeza menos mi madre, cuya silueta se adivinaba tras las cortinas.

-¡Papá, papá, lo has conseguido, eres un pájaro!, ¡me toca a mí, llévame contigo, yo también quiero volar!

Nunca olvidaré aquel primer paseo con mi padre por encima de nuestro pueblo, me impresionó muchísimo ver mi casa desde las alturas, a mi madre agitando los brazos con vehemencia, su rictus desencajado, la furia en sus ojos, el puño levantado y su boca moviéndose por libre, como si no la controlara ella, gritando improperios indignos de su educación judeocristiana. Nosotros nos reíamos, parecía uno de esos dibujos animados que expresan sin voz, sin sonido, sin nada, simplemente con sus exagerados movimientos entiendes lo que quieren decir, hasta que se hizo tan chiquitita que casi no podíamos distinguirla… ese día decidí que quería ser piloto, que quería ser libre como mi padre, feliz, sin ataduras, que quería ver la vida desde arriba y no bajar jamás…

Incluso el señor Basilio se animó a probar ese trasto del demonio como él lo denominaba, al principio con reservas pero ante la insistencia de mi padre dijo – ¡Vamos allá Joaquín, a ver si reviento

de una vez, de algo hay que morir...!

-¡No seré yo quien te mate, contestó mi padre en tono guasón!.

# FLOR

Basilio era un buen hombre, estaba retirado y vivía de una suculenta pensión que percibía por sufrir el accidente que provocó su prematura jubilación. Había sido albañil desde los quince años y no sabía hacer otra cosa, trabajaba bien, era responsable y honrado, pero despistado, un día resbaló del andamio y calló desde una altura de tres metros, no se había puesto arnés, no lo consideró necesario dada la escasa alzada. Cayó de espaldas, pasó mucho tiempo en el hospital, incluso temieron que quedara paralítico, pero con esfuerzo y tesón logró recuperarse casi por completo. Ahora sufría terribles dolores de espalda que le acompañarían hasta el fin de sus días, y no podía hacer grandes esfuerzos, así que se limitaba a dar pequeños paseos por el pueblo y sentarse en un banco al sol a charlar con los vecinos. Se jactaba de vivir sin trabajar a pesar de que ese accidente le hundió en la más profunda desolación, pero hubiera muerto antes de reconocer tamaña realidad, solo se lo contó a mi padre, en quien sí confiaba, todos confiaban en mi padre excepto su propia familia. Mi padre le escuchaba solícito y le quitaba hierro al asunto, al final Basilio siempre acababa riendo a carcajadas y olvidando sus fútiles momentos de pesar, salía de mi casa henchido de energía, dispuesto a enfrentarse con toda la panda de gañanes envidiosos que ensalzaban su desgracia hasta límites elegíacos.

No soportaba que nadie sintiera lástima por él, por eso confiaba en mi padre, él era incapaz de sentir lástima por nadie, sabía controlar sus sentimientos de una forma casi mecánica, o quizás es que no los tenía. Así que Basilio lo buscaba desesperado cada vez que las cosas se torcían en su interior, o como solía decir: - Joaquín sácame este bolo de dentro que me está ahogando… y después reía de forma lastimera, mi padre sacaba su famoso licor de café, medicina inigualable contra todo tipo de pesares y se sentaba a escucharle, daba igual lo que estuviera haciendo, siempre tenía tiempo para sus amigos, se lo quitaba a mi madre, a mis hermanas y a mí.

En realidad no resultaba una tarea demasiado ardua, Basilio era un hombre alegre y bondadoso al que le gustaba quedarse con las cosas buenas del día a día, además como solía decir, cuando cuentas desgracias tus amigos se entristecen y tus enemigos se alegran y él no quería darle esa satisfacción a ningún gañan, así que lloraba sus penas dentro de su casa y de la mía y poco a poco sus paseos empezaron a ser más cortos y sus conversaciones en los bancos de la plaza del

pueblo más vacías, hasta que un nuevo quiebro del destino lo confinó a los no pocos metros cuadrados de su agreste parcela. Su esposa desarrolló un brote de agorafobia por el mismo motivo y todo se volvió gris a ese lado del muro. El motivo no fue otro que la desaparición de su hijo el día de su dieciocho cumpleaños, se llamaba Carlos, era un chico vivo, inteligente y divertido, muy independiente y resuelto, lo que llamamos en el pueblo "un echao p´adelante". Salía con Eva, la hija del farmacéutico, una chica seria y taciturna, pero muy atractiva, de repente un día, de la noche a la mañana Carlos se levantó, recibió sus regalos, sopló las velas de su ansiada mayoría de edad, abrazó a sus padres, besó a su pequeña hermana que le adoraba, dejó a su novia y se fue con una mochila cargada de ilusiones a recorrer mundo. Ya nunca más regresó. Tras un año de ausencia sus padres cayeron en depresión y poco a poco se fueron encerrando en casa, sobretodo su afectada madre obsesionada con la idea de que tenía que esperarle, convencida de que si salía, él regresaría y al no encontrarla volvería a marcharse para siempre. Tenía auténtico pavor al exterior, ni siquiera salía al jardín, solo se asomaba a la ventana para llamar a su hija Flor.

Flor tenía mi edad, se llevaba diez años de diferencia con su hermano, con el que mantenía una estrecha relación, no así con su madre que intentaba controlarla sin éxito.

Todas las noches desde que con ocho años empezamos a jugar juntos en el jardín, Flor entraba a mi habitación encaramándose por la tubería que había junto a mi ventana, me despertaba con su potente linterna y me llevaba a pasear por el bosque, o por el pueblo. Decía que por la noche todo adquiere otra dimensión, todo es bello y misterioso, los objetos, los árboles, las farolas, los bancos, todo cobra vida propia, los sonidos, que pasan inadvertidos durante las horas de sol, adquieren un protagonismo excepcional, los objetos te hablan, los seres vivos te hablan, el universo entero te dice lo que debes hacer y cual es tu destino, solo tienes que sentarte y escuchar en la oscuridad.

Adoraba echarme con ella en mitad del bosque y mirar las estrellas. Son de esos momentos que nunca olvidas, los que recordarás el día de tu muerte. Nos cogíamos de la mano y soñábamos con el mañana. Yo le decía que con mi avión cogería una de esas estrellas y se la traería, y ella solo pensaba en crecer para salir en busca de su hermano y desaparecer junto a él para siempre.

- No entiendo a tu hermano Flor, ¿cómo alguien puede hacerle

algo semejante a su familia?. Yo no sería capaz de permitir que mi madre sufriera mi ausencia de esa manera.

- Tú no conoces a mi madre Leo, ella es absorbente y castradora, no nos deja ser como nosotros queremos ser sino como se supone que a su juicio deberíamos ser. Eso destroza a una persona rebelde. Mi hermano nos quiere, solo necesita vivir su vida, todos necesitamos vivir nuestra vida, o… ¿acaso crees que tu madre no sufrirá cuando te vayas a buscar mi estrella?

- Si, pero yo volveré, y a ella… le traeré la luna.

- Mi hermano también volverá, pero el tiempo se hace mucho más largo para el que espera que para quien es esperado; él volverá cuando nos eche de menos…

- Entonces no hace falta que te vayas a buscarle…

- Me iré a buscarle para convencerle de que no vuelva.

No entendía como Flor podía hablar así, de una manera tan fría, yo no conocía a su madre, pero Basilio era un hombre bueno, se había vuelto reservado y algo mal carado desde el accidente, pero era amable y honesto. Cierto es también que Flor no era ninguna caprichosa, y si hablaba de ese modo tendría sus motivos.

Preferí callar y dejar que los años pasaran, me hacía feliz su sola presencia, era tan alegre y despreocupada… Siempre iba vestida como si fuera una vagabunda y recogía su enorme melena negra en dos trenzas atadas con un cordel. Era una auténtica artista y siempre tenía ideas nuevas para jugar, me enseñó a hacer figurillas con barro, pulseras con hojas de los árboles, gorros con papel de periódico, y un sinfín de cosas más; todas las descubría ella, nadie le había enseñado, y mientras jugábamos contaba historias increíbles y aseguraba que eran ciertas aunque ambos sabíamos que se las inventaba sobre la marcha, siempre me hacía reír cuando estaba triste y solucionaba todas mis dudas. Ella fue mi primer amor.

La noche que cumplió 16 años entró en mi habitación como cada noche, se desnudó y se metió en mi cama, hicimos el amor durante horas, de manera torpe e inexperta, con miedo y vergüenza pero también con ternura, profunda pasión, intenso amor e infinitas

ganas. Después me besó con dulzura y se despidió.

- Me voy Leo, me voy y no volveré…

- ¿Cómo que te vas Flor?, no puedes hacer eso, eres menor, tus padres enviarán a la policía a buscarte… además no puedes darles tamaño disgusto, han sufrido mucho con lo de tu hermano, no puedes hacerles pasar por el mismo infierno otra vez.

- No me escapo Leo, mi madre me envía a Francia con su hermana; ingresaré en un colegio interna hasta que acabe mis estudios, pretende evitar lo inevitable; después me escaparé a buscar a mi hermano.

- Y tú…¿quieres irte?

- A mí me da igual, eres la única persona a la que voy a echar de menos

- Te iré a buscar, sé pilotar el ultraligero de mi padre, y también sé pilotar avionetas pequeñas, él me ha enseñado.

- Entonces róbaselo y huyamos los dos…

- ¡Estás loca!, no puedo hacer eso…

- Pues no me mientas más, no quiero escuchar las falsas promesas de un hombre.

- No te estoy mintiendo, iré a buscarte, de verdad…y te ayudaré a encontrar a tu hermano, con un avión será mucho más fácil.

- Ya no somos niños Leo, ya no podemos inventar historias y soñar con que se harán realidad, porque nunca se cumplen los sueños.

- Si, se cumplen si los sientes de verdad, claro que se cumplen, seré piloto y tú vendrás conmigo.

- ¿Y para qué me quieres a tu lado una vez que cumplas tu sueño?

- Porque te quiero

- No digas eso, eso solo se puede decir una vez, no la malgastes conmigo, yo nunca podré querer a nadie.

- ¿Por qué?

- Querer implica posesión, y nadie puede pertenecer a nadie, no me permito querer ni permito que me quieran, di mejor que me amas.

-Te amo Flor. Flor sonrió y me beso durante mucho rato. Después salió por la ventana como si fuera una ninfa del bosque que hubiera venido volando y desapareció. Al día siguiente cuando me desperté corrí a su casa a buscarla pero ya era tarde, se había ido. Fue uno de los momentos más dolorosos de mi vida.

## DEL AMOR AL ODIO

Adoraba a mi padre. Le adoraba porque era divertido y despreocupado. Le admiraba porque todo el mundo se enamoraba de él, porque la gente le miraba con envidia y miedo, porque mi madre hubiera dado su vida por él y al mismo tiempo hubiera deseado no haberle conocido nunca.

Ella, a veces hablaba sola, en su habitación; yo la escuchaba agazapado tras su puerta. La oí maldecir millones de veces el día que bailó con mi padre en las fiestas del pueblo con tan solo dieciocho años.

Él le dijo cosas al oído que la hicieron estremecer de amor y como era lógico acabaron en el pajar más próximo jurándose amor eterno.

La chica más guapa del pueblo con el golfo más sinvergüenza. Ella se quedó embarazada a los seis meses de conocerle, y él le pidió que huyeran, que desaparecieran juntos para siempre, que recorrieran el mundo y no volvieran nunca a ese pueblo de fracasados; pero mi madre no podía dejar a su familia, ella no era como mi padre, ella sentía que su obligación era estar con los suyos, cuidarlos, darles amor, apoyo, compañía… estaba educada de una forma tradicional, quería una familia y una vida tranquila; pero entendía a mi padre y renunció a su felicidad para que él fuera feliz.

Se casó con él y esperó a que volviera; a que le diera las migajas de su emocionante vida. Le recibía con amor, le atendía, escuchaba sus historias con desbordada emoción, se quedaba embarazada y le dejaba marchar, y pasaba los siguientes quince días llorando su ausencia. Por eso también yo le odiaba, le odiaba por manipulador, egoísta, le odiaba por tener a mi madre a sus pies, como una esclava, como si estuviera alienada, como si él controlara su voluntad, sus sentimientos, su vida… le odiaba porque mi madre era la persona más maravillosa, bella y especial del mundo y él nunca la había valorado. Cualquier hombre hubiera querido envejecer a su lado incluso se hubiera hecho cargo de todos nosotros; hombres atractivos, serios, con dinero, con poder, intentaron conquistar su corazón aprovechando las interminables ausencias de su cónyuge, pero ella nunca engañó a mi padre, porque nunca pudo querer a ningún otro, a pesar de todo.

Mi padre sabía utilizar la palabra adecuada en cada momento, sabía hacerse querer, defendía sus ideales con auténtico fervor, nadie le culpaba por ser así, el no engañaba, quería a mi madre y vete a saber a cuantas madres más, y ella lo aceptaba, lo asumía y le esperaba…

Me parezco mucho a mi mentor...adoro a las féminas. Siempre he sentido una especial predilección por ellas, por todas, todas me fascinan, todas son diferentes y guardan un tesoro por descubrir en lo más profundo de sus entrañas y llegar hasta él, es una de las actividades más excitantes y enriquecedoras que existen.

Esta peculiar afición me convirtió, con los años, en un experto encantador de serpientes, ellas me han creado, me han modelado, educado, criado, amamantado, amado, odiado…

Dentro de mi condición de niño sin padre, que no huérfano, he tenido la oportunidad de crecer rodeado de perfumes, corpiños, sostenes, picardías, ligas, combinaciones e incluso fajas. Soy capaz de saber que lleva una mujer bajo la ropa con un simple vistazo, incluso sabría decirte su color, su textura, su tacto y como desabrocharlo y quitarlo todo en un tiempo record y sin que la interesada pueda evitarlo.

Mi madre trabajaba de camarera en un café del pueblo, y mis dos tías en casa, haciendo arreglos de costura. Ellas se ocuparon de mi educación. Eran dos solteronas recalcitrantes que intentaron por todos los medios enderezar, sin éxito, mi natural tendencia masculina a la promiscuidad. Pasaba todo el largo día con ellas y con mis tres hermanas, ya adolescentes que me prodigaron abrazos, besos, zarandeos y alguna que otra bofetada. Ni les soporto ni sé vivir alejado de ellas, es como una especie de confrontación mental inherente a mi ser. Me empleé a fondo en el arte de descifrar los complejos mecanismos de su proceder, logrando, con el tiempo, desentrañar todos los secretos de sus complejas psiquis.

Les amo; amo a las mujeres sin querer a ninguna.

En la infancia se forma nuestro carácter. El engranaje básico de esa personalidad que nos acompañará a lo largo de nuestro trayecto vital. Lo que somos hoy es el resultado de la construcción de ayer, un nimio detalle que nadie tiene en cuenta puede provocar una auténtica revolución interior en el alma inmaculada de un niño; por eso decidí

no tener hijos, es una responsabilidad demasiado seria como para tomársela a la ligera. Mi padre debió pensar en ello antes de embaucar a mi madre en un viaje sin retorno.

Mi infancia entre enaguas me enseñó todos los entresijos, secretos y curiosidades sobre el apasionante mundo femenino. Entiendo sus contradicciones, sus alteraciones hormonales, sus risas cómplices entre amigas, sus excentricidades, su dolor, su pasión, su sensibilidad, su sacrificio, su tesón, su valentía, su falta de oportunidades, su infinita valía…

Mi padre preñó a mi madre y desapareció durante cinco largos años, tenía que ser así, sino no sería quien soy ahora. La personalidad se gesta en los siete primeros años de vida, si mi padre hubiera estado, las cosas para mi hubieran sido diferentes…

El hermano de mi madre, mi tío Henri ocupó su lugar, pero murió al nacer yo, por lo que afortunadamente me vi privado de su aciaga influencia. Mi madre, mis tías y mis tres hermanas cual desaforadas plañideras lloraron incansables su ausencia, olvidando por un tiempo prudencial su innata maldad.

No he comprendido nunca ese afán humano tan curioso de idealizar a los muertos, como si el simple hecho de morir incluyese la desaparición de todos y cada uno de sus defectos. Esos elegíacos discursos postmorten que ensalzan las maravillas del fiambre y ocultan sus carencias hasta límites insospechados. Cierto es, y hay que tenerlo en cuenta, que siempre hay alguien en el mundo que te aprecia, y no es de buen gusto recordar crímenes y desventuras ante personas que los ignoran o que prefieren obviarlos, en un ímprobo gesto de generosidad sin límites que les lleva incluso a creerse afectados ante tamaña ausencia. Pero a mi tío no le quería nadie, era lo que vulgarmente consideraríamos como un auténtico cabrón. Entonces… ¿por qué tanta falsedad, tanto llanto y luto donde tendría que haber fiesta, alegría, entusiasmo y alborozo?. El que un ejemplar de sus características fenezca no cambia nada, quien nace cabrón, muere cabrón, y si hay otra vida será un espíritu cabrón por los siglos de los siglos amén. Afortunadamente, como he dicho, no le conocí, Dios me bendijo con ese don.

Mi tío Henri era un ladrón y un vividor. Dejó embarazadas a varias chicas del pueblo y estuvo en la cárcel por estafa. Mi madre cuidaba de él, se sentía en deuda, era como su hijo. Ellos quedaron huérfanos muy jóvenes y mis tías y ella se ocuparon de suplir todas

sus necesidades. Él, en agradecimiento, se dedicó de lleno a robarles todo lo que tenían y hacerles la vida imposible.

Se metió en todo tipo de líos. Traficaba con drogas y con prostitutas, robaba, hacía tratos con violadores y asesinos, saldaba cuentas de terceros e incluso fue implicado en un asesinato de cuya condena se libró por falta de pruebas. Andaba siempre borracho o drogado y solo aparecía por casa para pedir dinero. Incluso una noche oí contar a mi tía que intentó violar a una de mis hermanas. Entre todas le redujeron y le sacaron de la casa. Se pasó la noche gritando, aporreando la puerta, insultando a sus hermanas y blasfemando hasta que finalmente apareció la policía y huyó. Lo encontraron tres meses después muerto en un antiguo seminario abandonado, congelado y con un tiro en la frente. Dijeron que se había suicidado pero hay quien apunta que pudo ser un ajuste de cuentas, poco importa ya, ese mal nacido no merecía ser vengado. Así que el caso se cerró y el pueblo amaneció un poquito más limpio.

Mi madre lloró, mis tías lloraron, mis hermanas lloraron y yo mamé amargas lágrimas que más que de pena eran de alivio. Al poco tiempo todo volvió a la normalidad. Mi madre siguió llorando, esta vez por mi padre, mis tías siguieron tejiendo y mis hermanas siguieron enamorándose de todos los turistas que pasaban por el pueblo.

## MUJERES

Siempre he admirado esa capacidad que tiene la mujer de convertir al amado en el centro de su existencia, de elevar al infinito todas sus excelencias, de encontrar extremadamente fascinante al ser más simple, de apasionarse hasta límites insospechados de alguien claramente inferior. Siempre he pensado que la mujer se ha sentido dependiente del hombre y no porque piense que lo es, sino porque la sociedad ha sido ingrata con su valía y así se lo ha hecho creer, y claro, quien son ellas para llevar la contraria a la sociedad, el miedo al rechazo generalizado las ha convertido en siervas, criadas, geishas del ego masculino. La realidad es que los hombres nos sabemos inferiores pero no podemos consentirlo así que gracias al arte de la manipulación, en el que somos doctos, le damos la vuelta a la tortilla convirtiéndonos en pérfidos defensores de indefensas doncellas que lo hacen todo por nosotros.

A lo largo de la historia la mujer no ha tenido derecho a entusiasmarse con nada que no fuera su hogar, sus hijos y su amor, y lo ha hecho con desmedida pasión y entusiasmo, como solo ellas saben hacer las cosas.

He sido testigo del tortuoso efecto de las penas de amor en la flébil salud de mis hermanas. El amor no correspondido, abre abismos de dolor en las almas femeninas que inasequibles al desaliento luchan con uñas y dientes hasta lograr sus íntimos objetivos. La mujer ha volcado sus más ansiadas expectativas en un idealizado amado que no existe. Cuando se da cuenta de que su fascinante dilecto no es más que un sapo putrefacto y maquiavélico, llora desconsolada, se retuerce de dolor, se autoflagela por permitir que eso le suceda una y otra y otra vez, se siente ridícula y poco valiosa y maldice su vida y su inerte existencia, el macho rey así les ha enseñado, y ellas lo asumen.

Admiro profundamente la capacidad de amar de las mujeres, y debo decir, no con orgullo sino con cierta reserva que me convertí en un coleccionista del drama femenino. Observando el insólito comportamiento de mis hermanas, descubrí avergonzado mi ferviente deseo por despertar yo también ese deseo descontrolado, excesivo, chocante, agónico en todas las mujeres que pasaran por mis implacables manos. Deseé con todas mis fuerzas ser el protagonista de tamaños desvelos, de ese éxtasis pasional sin límite, de su incontrolable lujuria, de su desmedido celo, soñaba con manejarlas a

mi antojo como hermosas marionetas de una maquiavélica colección pensada con la meticulosidad de un auténtico psicópata en pleno delirio paranoico. Eso me hacía sentir importante y poderoso.

## DETRÁS DE UN SUEÑO

Quizás por eso me hice piloto, o quizás no. Todo el mundo decía que los pilotos eran admirados por las mujeres…

El caso es que me empeñé en lograrlo, el problema era el dinero, mi madre no podía asumir la barbaridad que supone lograr el título y no conocía a nadie en el mundillo que pudiera ayudarme; pero siempre he confiado en que cualquiera puede conseguir todo lo que quiere si realmente sabe lo que quiere y se empeña en ello; y yo siempre supe lo que quería, quería volar, volar para huir, para sentirme libre, para no atarme a nada ni a nadie, para recorrer mundo, para sentir el placer de no pertenecer a ningún lugar y ser parte de todos al mismo tiempo, de no aferrarme a nada y sobre todo a nadie.

Desde que construyó su decrépito pájaro pirata mi padre empezó a visitarnos con más asiduidad. Parecía contento, y mi madre más. Por un momento pensé que la llama de su amor se había avivado y él acabaría quedándose con nosotros o llevándonos a donde quien sabe vivía cuando no estaba. Cada día venía con un ultraligero diferente, cada vez más grandes, más bonitos, más caros y de evidente confección profesional. Él no nos daba muchas explicaciones, decía que se había asociado con un piloto jubilado que además era arquitecto de aeronáutica y que vendían aviones a Alemania. Su socio los construía y él se encargaba de llevarlos y cobrar. Estaban ganando mucho dinero. Era algo evidente, venía vestido con trajes caros y dejaba suculentos sobres en manos de mi madre quien, al principio se resistía a aceptarlos sin recibir ninguna explicación sobre su procedencia, y finalmente los escondía bajo el delantal sin más complicaciones. Mis hermanas eran mayores y ella quería darles un porvenir, quería que estudiaran, y eso salía muy caro.

Mi padre fue quien allanó mi camino hacia el éxito. Con él realicé mis primeras doscientas horas de vuelo, con tan solo diecisiete años recién cumplidos, sin licencia, sin papeles, sin nada, me convertí en un excelente piloto de avioneta. Cuando cumplí los dieciocho años me fui con él, vivía en un pueblo de montaña, sin lujos sin el más mínimo asomo de ostentación, con su socio Paco. Solos dos locos encantadores, que reían mucho y bebían más, compartían un mísero

apartamento, una interminable pista de aterrizaje y un gran angar. Paco se convirtió en mi segundo padre, nos caímos bien desde el primer momento, él era diferente, a él le gustaba ayudar, adoraba su trabajo y disfrutaba de una vida tranquila, alterada de vez en cuando por la juergas que mi insensato mentor organizaba en aquel angosto apartamento. Me enseñó todo y más de lo que necesitaba saber para ser un buen piloto. Tenía todos los libros que debía aprenderme. Los devoré con fruición. Todo mi tiempo libre lo dedicaba a estudiar y a preguntarle cosas a Paco. Me enseñó a diseñar los aviones, a construirlos y a amarlos. Mi misión en la empresa era simplemente acompañar a mi padre en las entregas con otro avión, dejar el que él llevaba y volver los dos en el que yo llevaba. Me hicieron una licencia falsa y todo fue bien.

Yo hacía mi vida. Estudiaba, ayudaba a Paco en todo lo que me pedía, le explicaba mis dudas, mis temores, mi deseos e intentaba mirar hacia otro lado para no percatarme de la multitud de mujeres que pasaban por las dependencias de mi padre, ni de sus excesos, ni de sus gastos injustificados. Mi objetivo era ahorrar para sacarme la licencia de piloto comercial lo antes posible, y para lograrlo, gracias a Paco y a su extensa biblioteca, ya lo sabía todo sobre legislación aérea, meteorología, navegación, aerodinámica etc… y sabía que el fructífero negocio de mi padre tenía los días contados y que mejor que el fin de su reinado me pillara lejos de allí, o acabaríamos todos en la cárcel.

Todas las semanas me acercaba a visitar a mi madre en una pequeña avioneta que yo mismo me había construido, con la inestimable ayuda de Paco. A ella no le gustaba verme llegar en ese trasto pero estaba contenta de que hubiera encontrado mi camino junto a mi padre; se sentía segura de que yo estuviera allí. Se sentía más cerca de él. Ella me preguntaba y yo le mentía…

- ¿Por qué no le dejas en paz papá?, ¿Por qué no le dices la verdad?. Déjala libre, aún tiene tiempo de rehacer su vida. Ella confía en ti, no te hace preguntas, no te exige nada, y tú…le pagas con mentiras…

- Yo quiero a tu madre Leo. La quiero más que a mi vida. Nunca he querido a ninguna otra mujer; siempre ha sido ella… las otras no significan nada. Son un desahogo, deporte, necesidad, llámalo como quieras.

- Ella también tiene necesidades papá, pero nunca te haría algo

así, y podría, te lo aseguro; yo mismo le animé a hacerlo, pero se enfadó conmigo… no tienes vergüenza, ni dignidad papá, me das asco.

Aquella noche fue la última vez que le vi. Le miré con desprecio y me marché a Madrid. Muchas veces recuerdo aquel instante, y me aborrezco a mí mismo por ser como él.

Me fui a Madrid al cumplir los diecinueve años, y siguiendo las indicaciones de mi maestro Paco, me apunté a un curso de vuelo sin motor para empezar a tener horas legales antes de entrar en la academia. Aún no había comenzado mis estudios de aviación, y ya era capaz de elaborar un plan de vuelo, realizar un cálculo perfecto de despegue y aterrizaje. Sabía todo sobre navegación y meteorología, también sobre la mecánica de un avión, y llevaba realizadas más de mil horas de vuelo, aunque no pudieran constar lo en mi expediente; por lo que a pesar de mi experiencia y mis ganas, tuve que empezar de cero como todos los aspirantes al título.

Afortunadamente contaba con el apoyo de la compañía aérea en la que Paco era toda una leyenda, y en cuyas manos me había dejado alegando que era su hijo. Así que dadas mis actitudes y mi portentoso enchufe, me concedieron una beca que cubrió gran parte de mis gastos de formación y que más adelante les pagaría con creces.

No sin grandes esfuerzos conseguí mi ansiada licencia. Recuerdo ese día como otros de los momentos cruciales en mi vida. Cuando la compañía consideró que contaba con la formación necesaria pasé a formar parte de su equipo. Hice de todo, traslado de mercancías, fumigación de campos, vuelos privados… a mí no me importaba, solo me interesaba volar, sentir esa sensación de libertad, ese hormigueo en el estómago. Ver el mundo desde arriba te hace sentir poderoso e insignificante al mismo tiempo. Es una sensación indescriptible. Quería volar, volar muy alto y ver mundo, por lo que el traslado de mercancías me entusiasmaba al tener destinos mucho más variados.

Solía trabajar una media de 75 horas al mes, aunque hubiera hecho el triple, pero no me lo permitían. Las normas son estrictas en cuanto a horas de vuelo y descansos. En un tiempo record pasé de oficial de primera a oficial de alto nivel y de ahí a capitán. Mi ansiada meta. Había cumplido mi sueño y sin embargo aquello no me llenó como esperaba, no me hizo realmente feliz, es más, sentí un vacío, el vacío de alguien que ha logrado su objetivo y ya no tiene nada más que anhelar; entonces se sienta y dice: ¡y ahora…qué!.

Gozaba normalmente de 15 días libres en los que aprovechaba para visitar a la familia. Era en esos días cuando más me acordaba de Flor, y de mi promesa. Ella ya debía estar viajando por el mundo en busca de su hermano. Su padre seguía en la ventana y su madre en el interior de la casa. Sino fuera por la nieve en su pelo y unas cuantas arrugas de más, hubiera pensado que Basilio era una imagen congelada. Cuando le veía levantaba mi mano pero él no respondía a mi saludo, se quedaba un rato mirándome como si no me viera, y tras unos minutos terminaba metiéndose en casa. No solíamos coincidir. Cuando yo llegaba, él se escondía, era como si huyera de mí. Mi madre me decía que nunca hablaba con ella, y que ya casi no salía de casa. Ni siquiera le interesaba espiar a mi padre cuando aparecía en sus fugaces visitas; ya nunca le contaba nada, no había vuelto a salir de su parcela desde que Flor se fue. Quizás ya no confiaba en mi padre, o quizás había logrado quedarse él también sin sentimientos. Había logrado por fin controlar su bolo interior. Un día pasé por su casa. Llamé a la puerta, y tras varios minutos abrió. Le oía moverse tras la puerta, como planteándose si abrirme o quedarse quieto con la esperanza de que me fuera.

- Hola Leo, cuanto tiempo… ¿necesitas algo?

- No, solo venía a saludarle, hace mucho que no le veo, quería saber cómo están y eso…

- Estamos bien; como siempre, dejando pasar las horas hasta que Dios se acuerde de nosotros…

- ¿Y Flor, como está ella, sigue en Francia?

Se juntó con un hippy gabacho y vive en Paris. A veces llama, pero no sé más. Debe vivir en un piso de esos de ocupas. Se volvió loca; todos lo estamos. Todos se van de este pueblo, todos.

- Y…¿su hijo?, ¿apareció?

- Mi hijo está muerto.

Dicho esto cerró la puerta. Me arrepentí de haber sacado el tema, me arrepentí profundamente.

Lo cierto es que todos nos íbamos del pueblo. Apenas quedaba ninguno de los de mi generación; todos huían de aquel hermoso lugar sin expectativas ni futuro.

Mis dos hermanas mayores también se habían marchado. Ángela era restauradora de arte en Florencia y estaba casada con un rico empresario llamado Paolo. Un hombre muy divertido y encantador aunque bastante celoso y dominante. Cuando me tocaba pernoctar en Florencia iba a verles y siempre se empeñaba en sacarme de copas e insistía en que mi hermana no nos acompañara. Decía que en Italia está mal visto que las mujeres decentes trasnochen. Ella se enfadaba y decía que en España las mujeres hacen lo que quieren y que cuando tienen maridos machistas los abandonan. A Paolo le divertía terriblemente hacer rabiar a mi hermana, y siempre se acababa riendo de sus arrebatos defensivos. Decía que eso era lo que más le enamoró de Ángela, su carácter, porque su misión era domar a la fiera y convertirla en un corderillo que siguiera todas sus instrucciones al pie de la letra; de momento no había tenido mucho éxito en tan delicada empresa. Mi hermana siempre se salía con la suya y acababa viniendo con nosotros, aunque permitía que él controlara todos sus movimientos como si fuera su amo y señor, o más bien, se lo hacía creer. La obsesión de Paolo era que su santa esposa quedara embarazada para que dejara de trabajar y tenerla amarrada y controlada en casa. Ella se resistía aunque probablemente Paolo lo acabaría consiguiendo. Ángela era servil, como mi madre y adoraba a los niños. Mi otra hermana Lorena vivía en Barcelona, era abogada y consiguió trabajo en un importante buffet de la ciudad condal. Seguía soltera y vivía con una amiga, que más tarde descubrí que era más que amiga, en un ático envidiable situado en el paseo de Gracia. A ella la veía a menudo pues me tocaba hacer muchos vuelos Madrid-Barcelona, y aunque fuera solo para un rato siempre sacábamos tiempo para vernos. Era muy divertida y siempre tenía tiempo para salir de fiesta, su empeño era emparejarme con alguna de sus múltiples amigas, todas forradas, todas divorciadas o casadas con extremo furor uterino y todas operadas de todo lo operable. Siempre acababa en casa de alguna de ellas. Me encantaban porque ninguna quería compromiso. Solo pretendían hacer la estancia agradable al atractivo hermano de su adorada amiga lesbiana, y doy fe de que sabían como satisfacer a un hombre. Nunca me enamoré de ninguna de ellas. Eran demasiado frívolas y demasiado pijas. Tampoco repetí con ninguna. Mi hermana tenía un ejército de amigas ávidas de deseo.

Algunas incluso, no tenían inconveniente en hacer tríos, por lo que mis estancias en Barcelona solían acabar convirtiéndose en auténticas bacanales. Llegué a estar con tres mujeres al mismo tiempo, cuyos nombres por supuesto no recuerdo y que incluso sería incapaz de distinguir por la calle, porque todas ellas me parecían iguales, como hechas en serie, como muñecas sin alma. Allí todas le daban a todo; salían sin control y casi se metían más coca por la nariz que botox por la frente. Solía irme de allí con una sensación de amargura. Debo ser un tipo muy raro. Mi hermana Lucía, la más pequeña de las tres fue la única de los cuatro que había permanecido en el pueblo. Era la maestra de la única escuela que había. Ella adoraba la vida tranquila y la montaña. No tenía otra ambición que tener tiempo para andar por el monte o para hacer algún viajecito de vez en cuando. Vivía con su novio en una bonita casa situada en la parte más alta del pueblo y siempre iba en bici a todas partes. Adoraba hablar con ella. Transmitía tal serenidad que daban ganas de permanecer a su lado para siempre. Mi dulce Lucía me escuchaba sin juzgarme y me daba unos consejos tan sabios que ni el mismo Buda hubiera podido hacerle sombra.

Yo pasaba poco tiempo en Madrid. Me había alquilado un piso en la zona de las Vistillas, pero casi nunca dormía allí. Lo usaba para llevarme a alguna azafata o simplemente por el hecho de tener un lugar que considerara mío. Si te hubiera descubierto antes hubiera pasado mucho más tiempo en mi magnifico pisito madrileño.

La conocí en otoño. Acababa de regresar de visitar a mi hermana en Barcelona. Había pasado allí dos semanas geniales de playa, sol, turismo y sexo. Como he comentado, las amigas de mi hermana eran maravillosas, divertidas, generosas y amantes de los placeres más básicos.

Paseaba tranquilamente por la zona de las vistillas. Todas las tardes callejeaba por allí, es una zona preciosa y tranquila, sobre todo durante los nostálgicos atardeceres de otoño. De pronto la vi, al principio no reparé en ella, iba cabizbaja, pensativa, triste, taciturna, empujando una bici de paseo con una cesta cargada de libros. Me pregunté cómo podía ir en bici con un vestido tan largo. Tendría que enrollárselo entre las piernas para evitar que se le enganchara en los radios; no era una ropa muy apropiada para andar en bici, la verdad. Quizás por eso no iba montada en ella, pero entonces, ¿para qué coño la llevaba si no era para subirse en ella?. Me miró como si hubiese oído mis pensamientos, nos miramos largamente. Tenía el pelo castaño, muy largo, ondulado, los ojos verdosos y muy profundos, la tez morena. Sonrió, sus dientes eran muy blancos, alineados,

perfectos.

- Me acaban de llamar, dijo.

- ¿Perdone…?

- Me acaban de llamar del taller, tenía la bici arreglando, si lo hubiera sabido me hubiera puesto otro atuendo, nunca llevo vestido, pero hoy…hace tanto calor…estos vestidos son frescos, me siento bien con ellos…

- Es…es muy bonito.

- ¿Me haría usted un favor?

- Si claro, dígame…

- La pulsera, no puedo ponerme la pulsera, vivo sola y…nunca consigo ponerme esta maldita pulsera. El enganche es muy pequeño y se me escurre cuando estoy a punto de engancharlo. Me pone francamente nerviosa y me deprime pensar que necesito a alguien, que no puedo ser totalmente autosuficiente. He pensado mil veces en tirar esta maldita pulsera al carajo, en venderla, en desprenderme de ella, porque me recuerda mi soledad e inutilidad, pero…es lo único que me queda de mi madre… Me recuerda a ella, siempre se sintió sola e inútil… pensaba pedírselo al chico de las bicis, pero había tanta gente allí que me dio vergüenza.

La miré con sorpresa.

- Debe pensar que estoy loca, lo entiendo, pero siempre he confiado en los demás. Mi antiguo novio me decía que era una inútil y que siempre necesitaba ayuda. Eso me hacía sentir mal, no sé por qué me decía eso, yo a él nunca le pedí nada. Siempre recurro a los desconocidos, son mucho más amables, no pretenden darte lecciones porque realmente no les importas; solo quieren acabar con esto cuanto antes y seguir con sus vidas; les hace sentir bien ayudar a alguien, se sienten válidos, generosos, buenas personas, esto les libera de sus malas acciones, las que cometen con la gente que quieren.

¿Por qué siempre somos crueles con la gente que queremos?. Resulta mucho más sencillo ser amable con un desconocido. No debería ser así…

Le puse la pulsera, no sin antes mirar hacia todos lados, aquello parecía una cámara oculta, pero al terminar mi servicio de inestimable ayuda, me dio las gracias con su preciosa sonrisa y se alejó. No podía permitir que se fuera sin más…

- ¡Espera! -No sé tu nombre.

- Alicia, me llamo Alicia, pero no importa, no creo que volvamos a vernos…

Le seguí, le seguí en la distancia, se metió en un café de esos en los que puedes leer mientras consumes, ató la bici fuera y entró con la bolsa de libros. Al rato salió sin ellos. Cogió la bici de nuevo y continuó su camino. Se introdujo en un portal de la calle Segovia, era una casa del siglo XIX, claramente rehabilitada. Me senté en una terraza desde la cual veía a la perfección el enorme portal. Ella no salió, por lo que deduje que Alicia la mujer solitaria y soñadora que se sentía a gusto con vestidos anchos y vaporosos y que confía en los desconocidos vivía allí. Volveré a verla, pensé victorioso, ha entrado en mi portal.

# MIS AMANTES

Aunque no enseguida, tenía que salir temprano en vuelo hacía Roma. Fabiana vendría a buscarme al aeropuerto. Como cada tres meses me tocaba esa ruta. Pasearíamos por Roma, cenaríamos en Trastevere y haríamos el amor en su ático frente a la plaza Navona. Fabiana era una mujer impresionante, inteligente, madura, elegante y muy independiente. Diseñaba piezas únicas para la cadena de joyerías que había fundado su difunto esposo. Un empresario montado en el dólar que murió de infarto al poco de casarse en terceras nupcias con Fabiana. No había herederos así que ella se quedó con todo. Una desgracia o un golpe de suerte según como se mire.

Fabiana es la mujer más práctica que he conocido. Fría y calculadora, divertida, amante de la belleza, de la poesía, la cultura y el arte. Dice que me adora porque solo me ve un par de noches cada tres meses. Una vez le propuse viajar a algún sitio romántico y me contestó – ¿qué lugar hay más romántico que la ciudad eterna querido?, eso propónselo a tu novia, yo viajo sola, además tantos días juntos, las veinticuatro horas, ¡qué atrocidad!, eso daría al traste con el encanto, la pasión, las ganas de vernos… me beso con sus labios carnosos y sonrió.

Después de Flor, es lo más cerca que he estado de enamorarme de alguien. Aunque con el tiempo descubrí que no era amor lo que sentía por Fabiana, sino admiración, lealtad, complicidad.

Cuando la conocí quedé prendado de su belleza, ya madura, de su elegancia y saber estar y desplegué todas mis armas de seducción, ella me miró divertida y me dijo con pedantería y seguridad:

- Ahórrate el trabajo querido, tengo 54 años, podría ser tu madre, ¿crees que aún me trago esas milongas?. Ni soy la mujer más bella del universo, ni la mujer de tu vida, ni tienes que adularme de ningún modo, tengo claro como soy, lo que soy y lo que puedo ofrecer, no necesito escucharlo de boca de un hombre. Si quieres follar solo tienes que decirlo, y yo te contestaré lo que considere oportuno.

Adoro a Fabiana, he aprendido muchísimo con ella, me gusta acariciar su cuerpo y pasar horas hablando de banalidades. Me

encanta la relación que mantenemos, sin un ápice de tensión, sin escenitas de celos, sin segundas intenciones, sin condicionamientos, solo somos amigos que disfrutan del sexo juntos, que se atraen, que se desean y que quieren una relación sin obligaciones, sin compromisos, sin dramas… sé que tiene otros amantes, yo también las tengo y puedo hablarle de ellas sin dobleces. Ella me aconseja mientras acaricia mi sexo y besa mi cuello. Puedes hacer lo que quieras mientras no te enamores, el amor te convierte en un muñeco sin voluntad, prisionero, esclavo, es algo atrayente y dulce, pero nefasto y doloroso. Te destruye.

Llevábamos cinco años juntos y nos encantaba vernos, pero no nos echábamos de menos, es el secreto de una relación perfecta, verse poco y no estar enamorados, solo quererse y respetar la libertad del otro, su espacio, su vida.

Fabiana había sido prostituta en su adolescencia. Quedó huérfana con 16 años y pasó a la custodia de si tia Odalis; era meretriz de lujo y la inició en ese arte. No se consideran prostitutas, son mujeres cultas, formadas y extremadamente bellas que acompañaban a señores adinerados. Si lo consideran, la velada acaba en la suitte más elegante del hotel más caro, en un yate o en un avión privado, pero no están obligadas a ello; claro ese servicio triplica la cantidad ya de por sí elevada que implicaba la mera compañía. Así conoció a su marido, un magnate del petróleo, el oro y los diamantes. Tenía treinta años más que ella, pero era un hombre atractivo y culto, nunca se enamoró de él, pero le quiso, porque fue el único que no le trataba como lo que era. Se casó con él y dejó de ser una prostituta para convertirse en una diseñadora de joyas respetable y envidiada.

- No me avergüenzo de lo que fui, lo cuento sin ningún pudor, es parte de mi vida y soy como soy gracias a ello.

Fabiana era una persona apática, independiente y segura de sí misma; nada que ver con Angie, mi querida azafata inglesita. Coincidía con ella en los vuelos que realizaba desde Londres. Hacía vuelos desde allí a prácticamente todos los rincones del globo, excepto a Italia, y si iba era para repostar y continuar. Traté de que nunca me tocara el vuelo Londres- Roma, y si hubiera entrado dentro de mis rutas, lo hubiera intentado evitar a toda costa. No por Francesca, ella lo entendía todo, incluso le hubiera divertido verme soliviantado ante una situación compleja, lo evitaba porque Angie, ella era una de las mujeres más celosas, inseguras y dependientes que he conocido en mi vida; quizás por su edad o por sus vivencias, no lo sé, pero nuestra

relación resultaba francamente abrumadora.

Me fijé en ella desde el principio. Apareció preciosa, con su uniforme y su flamante novio, que le trajo al aeropuerto y le besó por última vez. Fue un flechazo, era su primer día de trabajo y según sus palabras se quedó fascinada con mi sola presencia, quizás eso es lo que más me enganchaba a ella, que me hacía sentir importante, necesario, único, vital para su equilibrio anímico.

Lucía preciosa a todas las horas del día y de la noche, sin dormir, sin maquillar, su piel aterciopelada gritaba impertinente su juventud, su melena rubia y brillante, sus pechos firmes como rocas, era una auténtica tentación. Me encapriche de ella desde el principio y utilicé todas mis armas de casanova para llevármela al huerto. Tarde exactamente tres horas en acabar retozando en la cabina aprovechando la ausencia del copiloto aquejado de fuertes dolores gastrointestinales.

Nos faltó tiempo para cobijarnos bajo la discreta protección de nuestro hotel, primero en Nueva York, después en Tokio, Helsinki, Moscú, Berlín, Paris….hemos hecho el amor en todas las partes del mundo, excepto en Roma.

El problema de Angie es que eliminando su atributos, de por sí evidentes, tenía poco más que ofrecer, no tenía cultura, no era ocurrente ni divertida, sino encantadoramente agotadora, especialmente celosa e impertinentemente obsesiva. Siempre acabábamos a gritos, sino era por mirar de reojo a la camarera de un bar, era por recibir una llamada sospechosamente femenina, o por demostrar poco interés hacia sus necesidades… su actitud me hastiaba y su compañía me agobiaba.

Cuando todo está basado en la atracción sexual y física la relación se acaba agotando. Angie era caprichosa y absorbente, controlaba todos mis movimientos, se sentía con derecho a manejar mi vida y eso me sacaba de mis casillas, me montaba escenas de celos auténticamente surrealistas delante de pasajeros, compañeros y azafatas, éramos la comidilla del aeropuerto, insistía en que había dejado a su novio por mí y que eso me obligaba a quererla de por vida; llegó a amenazar con quitarse la vida o lo que es peor boicotear el avión para que todos muriéramos en trágico accidente que pasaría a los anales de la historia de la aviación.

Angie provenía de una familia muy conservadora, hija única

quedó huérfana a corta edad, su padre un pastor protestante, al no saber qué hacer con ella la internó en un colegio privado y al cumplir la mayoría de edad la caso con el hijo de unos feligreses que poseían una gran fortuna; pero como en el corazón no se manda, Angie comenzó a engañar a su esposo con cualquier hombre que se le ponía a tiro. Su marido aguantó lo que pudo, intentó fingir que no se daba cuenta de la situación, pero finalmente acabó pidiendo el divorcio tras dos años de matrimonio. Al verse sola y abandonada entró en una profunda depresión y su padre, desesperado, le pago un tratamiento con un psiquiatra de reconocido prestigio en Inglaterra. Ella le contó su situación, su infancia, su vida y sobre todo su extraña adicción, temía que fuera ninfómana, decía que todas las tardes, mientras su marido trabajaba, y algunas noches que él tenía que viajar, ella salía y se acostaba con el primer hombre que se le acercaba, lo cual era fácil dada su belleza. Iba a un bar, pedía una copa, y en seguida tenía varios moscones revoloteando a su alrededor; elegía a uno y se iba a casa de él. Allí dejaba que la poseyeran salvajemente, permitía que le hicieran lo que ellos quisieran, que la ataran, que le pegaran, que le penetraran analmente, cualquier cosa con tal de sentir el calor de un hombre en su interior, le excitaba que le sodomizasen, disfrutaba de cualquier vejación que le infligieran, incluso llegó a estar con tres hombres al mismo tiempo. Normalmente acababa quedándose dormida tras el acto, por el alcohol y el cansancio, y despertaba con una mezcla de asco y tristeza; la espesez del ambiente y la mezcla de olores sexuales y alcohólicos le resultaba repugnante, la culpabilidad le quemaba por dentro, pero no podía evitarlo, no podía dejar de hacerlo y cada vez con mayor asiduidad y con menos selección del género, era como una droga. Todo empezaba como un juego, como una especie de búsqueda del romanticismo perdido, sentirse deseada le hacía fuerte, poderosa, podía manipular a aquellos hombres a su antojo y después…todo se tornaba en deseo, atracción animal, sexo, asco y vacío, un vacío tan profundo que la obligaba a comenzar de nuevo, era como un círculo vicioso, una rueda de dolor y ansiedad. Al despertar y entre terribles sufrimientos por la culpabilidad y el dolor, se levantaba sigilosamente y huía de allí, volvía a su casa, se duchaba entre sollozos y esperaba a su marido como la esposa fiel, sumisa y conservadora que se supone que era.

El ilustrísimo psiquiatra se tomó tantas molestias en curarla de su enfermedad que se enamoró de ella y le animó a estudiar psicología para que pudiera trabajar con él, en su prestigiosa clínica privada, por lo que Angie empezó a estudiar psicología, pero se enamoró de su profesor y dejó al psiquiatra, se fue a vivir con su profesor y en un viaje que realizaron juntos se enamoró del azafato de vuelo, el

profesor tenía pánico a volar así que tomó somníferos con la esperanza de pasar las doce horas de vuelo totalmente k.o., fue demasiado tiempo, Angie se aburrió y acabó con el azafato en los servicios del avión, así que a la vuelta de sus románticas vacaciones, donde volvió a coincidir con su nuevo amor y repitiendo su vileza, dejó al profe en la universidad y se puso a estudiar para ser azafata; él fue el chico que la acompañó el día que aparecí yo, afortunadamente Angie no cambió de gremio en esta ocasión.

Ella culpaba a su padre y a su educación restrictiva de todas sus locuras. Imagino que todo influye… la realidad es que vivía huyendo y no sabía porqué, y tenía un enfermizo temor a la soledad, de ahí esa necesidad de tener un hombre a su lado, esa obsesión por mantenerlo, por controlarlo, por dominarlo, y esa facilidad para enlazar unas relaciones con otros que quizás le infundían más seguridad.

Se puede huir de tu entorno pero no de ti misma. Angie tenía un gran conflicto interior entre lo que quería, creía y lo que le habían enseñado. Se sentía culpable constantemente, se repetía que lo que hacíamos no estaba bien, que no era lo correcto, que había deshonrado a su familia, que no actuaba concorde a sus creencias y eso le traería consecuencias negativas a su vida.

- Angie, por favor, no te puedes follar a un regimiento y después llorar tu culpa y ponerte a rezar, eso no es normal…

Es impresionante el daño que pueden generar cierto tipo de educaciones castrantes en una persona sensible, los escrúpulos religiosos y la confusión mental que sufría Angie, la convirtieron en una persona obsesiva, nerviosa y amargada, en una palabra, infeliz. Se sentía culpable por todo lo que había hecho y al mismo tiempo afirmaba estar orgullosa de romper con algo que se le había impuesto y buscar su independencia, su sitio en el mundo, su identidad. Se contradecía constantemente y sufría, sufría profundamente por no seguir siendo una marioneta de su padre, decía que ella necesitaba que le dijeran lo que debía hacer, porque sino solo hacía cosas malas, que no podía dejar de cumplir sus órdenes, ni dejar de vivir una vida que no era la suya sino la que su padre había fabricado para ella, todo era más fácil así. Estaba convencida de que acabaría ardiendo en el infierno.

Sentí no poder ayudarle; lo intenté, intenté hacerle ver lo válida que era, intenté que se diera cuenta de que no necesitaba a nadie y de que todo eso que le habían metido en la cabeza eran tonterías, intenté

que entendiera que yo no era su salvador, que ella sola tenía que salvarse y madurar.

Siempre le dejé las cosas claras, nunca le engañé, ella sabía que yo no era hombre de compromisos, que podíamos ser amigos y pasarlo bien juntos, qué nunca me había enamorado de nadie y que tampoco lo iba a hacer de ella; pero se comportaba como si fuera mi mujer, me miraba el móvil, me habría la maleta para organizarme la ropa, rebuscaba en mis bolsillos, tenía actitudes auténticamente obsesivas, no podía soportar aquella situación.

Hasta entonces mi trabajo había sido minucioso, intachable, profesional, no podía permitir que esa loca echara por tierra todos mis esfuerzos por lo que decidí poner tierra por medio, pedí un cambio de rutas, eliminé de mi trayectoria todos los vuelos desde Londres y los cambié por París con la esperanza de encontrarme algún día con Flor. Me fue concedido y pude respirar tranquilo, aunque no podía evitar sentirme mal, a ojos de Angie la estaba dejando tirada sin explicación y no me gustaba actuar así, era algo cobarde e indigno, pero no me quedó otra alternativa. Cada vez que intentaba explicarle que se acabó y que podía contar conmigo para lo que quisiera como amigo entraba en cólera, me pegaba, me insultaba y me tiraba todo lo que encontraba a la cabeza, no entraba en razón, no quería escuchar ninguna explicación, solo quería dominarme, tenerme a su lado, anularme.

De ella solo recuerdo sus gemidos, su cuerpo perfecto y esa fragilidad que me generaba el deseo de cuidarla y protegerla de su padre, de su mente, del mundo entero.

## SOLO TÚ

Conoces a infinitud de mujeres todas diferentes entre sí, con sus características peculiares y te das cuenta de que todas te fascinan cuando no sabes nada sobre ellas, cuando todo es misterio e incertidumbre, cuando imaginas sus vidas, sus desvelos, sus necesidades, sus manías, sus gustos… con el tiempo unas dejan de fascinarte y otras continúan despertando el interés, unas pocas marcarán tu vida recordándolas para siempre, pero solo una que quizás jamás llegues a conocer será tu obsesión, tu desdicha, tu amor eterno, y cuando la encuentras estás perdido, porque ya nunca podrás desligarte de ella, ni podrás pensar en ninguna otra mujer, ni desearás nada que no te recuerde a ella. Deseé fervientemente no llegar a cruzarme nunca con esa persona complementaria, de hecho nunca creí en su existencia, pero desgraciadamente y de la manera más absurda e inocente me di de bruces con ella y la reconocí, la hubiera reconocido entre un millón, y al verla sentí miedo, y es en ese mismo instante cuando no logras explicarte como pudiste estar tan entregado a aquellas fascinaciones anteriores y todo ello te lleva a pensar esperanzado que esta última fascinación no tiene por qué ser diferente a las demás y que quizás no existe, es solo una ilusión que arrastramos en nuestros genes, y que pronto se convertirá en humo, decepción, fracaso, y fracaso tras fracaso un día miras a tu alrededor y estás solo y te sientes un ser extraño por ser incapaz de mantener a nadie a tu lado y ese miedo te impide avanzar más y mata los sueños que tenías cuando todavía no sabías lo que era fracasar o te daba igual porque tenías todo el tiempo del mundo ante tus ojos. Pensé que logrando mis alas ya no desearía nada más; pero el trabajo no me satisface en absoluto. Pilotar un avión no tiene nada que ver con volar, ni eres libre ni te sientes libre, al contrario, sientes una responsabilidad que te ahoga y de la que no puedes escapar. Creo que mi decisión fue un error pero ahora es demasiado tarde ya. Un día me dijo mi madre que tuviera mucho cuidado con lo que deseaba porque se convertiría en mi cárcel, que era mucho mejor no desear nada y dejar que las cosas sucedan. Ese es el único camino para alcanzar la libertad, justo lo que ella decía, la mujer menos libre de este mundo. Quizás por eso lo tenía tan claro.

Yo lo único que tenía claro es que deseaba volver a ver a Alicia, cuanto antes. Desde que la vi entrando en su y mi portal no pude

pensar en nada más. Ni siquiera tuve ganas de hacer el amor con Francesca en Roma, le puse una escusa; nunca le había mentido a ella, pero no tenía ganas de hablar de Alicia, ella era diferente a las demás, no quería compartirla con nadie, y menos con una de mis amantes.

No hizo falta, Francesca se percató de mi abatimiento y de la procedencia del mismo, sabía demasiado del amor y me conocía demasiado bien.

- Te lo advertí, Leo, me dijo… te deseo toda la suerte del mundo cariño. Te echaré de menos, sabes que me tienes para todo lo que necesites, ¿vale?. En aquella ocasión no me besó, me abrazó con cariño y se alejó de mí sin volver la vista atrás, como si nada hubiera pasado, como si todo lo vivido juntos no hubiera significado nada.

Tampoco pensé en buscar a Flor cuando estuve en París, pero sorprendentemente me la encontré. Es curioso, cuando buscas a alguien es imposible coincidir, imposible; tendrás todo tipo de encuentros increíbles, impensables, fortuitos, te encontrarás a personas que jamás esperabas volver a ver, pero a esa persona, precisamente a esa persona que buscas no, hasta el instante en que dejas de buscarla, entonces aparece ante ti como salida de la nada. Estaba allí, en un metro de Paris, tocando la guitarra y cantando. Flor siempre había cantado muy bien, era una auténtica artista en todos los aspectos, casi no podía reconocerla, estaba muy delgada y sucia, estaba mendigando, sus ojos trasmitían una profunda tristeza, no supe reaccionar, estaba con un hombre de color que tocaba el saxofón y un joven con aspecto de drogadicto que tocaba una especie de tubo largo que emitía un sonido extraño pero sorprendentemente hipnótico y atrayente; lo hacían bien, pero su grotesco aspecto generaba rechazo en los estirados parisinos, que pasaban de largo sin ni siquiera mirarles, o peor, mirándoles con desprecio.

Me paré ante ellos y estuve largo rato observando a Flor, mi Flor, ¿habría encontrado a su hermano?. Flor te amo, aún te amo, me hubiera gustado tanto decírtelo…, me acerqué y deposité 100€ en su sombrero, son para ti, le dije, solo para ti…¿vale?. Ella me miró, era evidente su estado, estaba drogada, sonrió, le faltaban algunos dientes, se me encogió el estómago, mis ojos se humedecieron y salí huyendo como un cobarde. Ni siquiera me había reconocido. Le dije que iría a buscarla pero nunca lo hice, ¿por qué no lo hice?; ella tenía razón, no cumplí mi palabra, los hombres nunca cumplimos, ahora sus palabras resuenan en mi cerebro con insistencia, aporreando mi conciencia sin piedad.

No era como mi padre al que tan duramente juzgué; yo era mucho peor que él. Ella me hubiera ayudado, ellas cumplen, cumplen porque aman de verdad y anteponen su amor a todo.

Otra vez me alejaba de Flor y otra vez esa experiencia se convirtió en dolor, en un dolor terrible y punzante que no me dejaba respirar. Mi vuelo de vuelta a Madrid fue como una tortura, mi conciencia no me dejaba en paz, ni siquiera el recuerdo de Alicia aliviaba mi agónico malestar, mi sensación de culpabilidad, de desconsuelo, no podía dejar de ver esa demacrada, avejentada y maltrecha imagen de Flor, mi preciosa Flor, la mujer más bella, alegre y risueña que había conocido, ¿quién te ha hecho esto amor mío?, ¿acaso fui yo?.

Intenté buscarla después de aquello, pero la vida no me dio otra oportunidad, tampoco volví a verla nunca más, aunque la veo a menudo en mis sueños, la veo hermosa, con su pelo negro, colándose en mi habitación de adolescente y besándome con pasión.

## PERSIGUIÉNDOTE

No tenía mucha relación con el vecindario pero decidí investigar, pregunté al portero y en seguida supo a quien me refería, es lo que tienen los porteros, que se fijan en todo y ese había visto salir muchas azafatas por ese portal.

- Si, Alicia, vive en el tercero primera, es una buena chica, no arma follones, apenas sale, es muy callada, pero educada. Tiene una tienda de esas, de cosas viejas que nadie quiere…

- ¿Una tienda de Antigüedades?,

- Si eso, todos los domingos va al rastro, compra cosas allí y las arregla, después las vende a precios desorbitados.

- Ya, ¿y sabe dónde tiene la tienda?

- Si señor, precisamente la semana pasada me dio una tarjeta, por si sabía de algún vecino que quisiera vender alguno de sus trastos. ¿Por qué pregunta tanto?, ¿acaso quiere usted comprar esa chatarra?

- Si, efectivamente, mi piso está muy vacío aún, me gustan los muebles antiguos… Le di una suculenta propina, para tenerlo de mi parte y salí hacía la tienda de Alicia. Me encanta ese nombre, Alicia, irreal y etérea, soñadora y única.

Era una tienda preciosa, de aspecto afrancesado, en su interior guardaba auténticos tesoros, el más preciado ella misma. Me recibió con una sonrisa.

- Buenas tardes señor, ¿qué desea?

- Caramba… usted… le puse una pulsera el otro día…

- ¡Ah… ohhh….siiii…!, ¡qué vergüenza!, disculpe, a veces me agobio con esas tonterías, me hacen pensar en un futuro desolador, lo siento.

- Tranquila, fue un placer, qué casualidad, qué pequeño es

Madrid, ¿no?

- Pues si, jajá, jajá, lo es… ¿qué desea?

- Ah, si eso…pues…yo… me han dicho que compra antigüedades, tengo algunas cosas que podrían interesarle, creo…

- Ah si?, ¿qué cosas? Comencé a repasar mis pertenencias y las de mis padres.

- Muebles, libros, vinilos, la réplica en miniatura de un avión de la guerra civil…

- Claro, me interesa todo eso, si quiere puedo ir a buscarlo o…

- No se preocupe, yo se lo traeré, no vivo muy lejos, solo a unas manzanas, en la zona de las vistillas… -¡Qué casualidad, yo también vivo allí!

- No puede ser, ¿en que calle?

- En la calle Segovia nº 15

Increíble, yo también, debe ser el destino, la pone en mi camino para desprenderme de las cosas que amo, tendré que amarla a usted también…

Me miró incrédula.

- En serio vives en mi bloque.

- No puede ser, nunca le había visto antes.

- Soy piloto, apenas estoy en mi casa.

- ¿Y como no vive cerca del aeropuerto?. No es práctico para usted vivir en el centro.

- Es mi zona preferida, me gusta pasear por allí, me relaja, me gusta la luz de mi piso, el olor, el color y las vistas, me gusta todo, lo último que me apetece en un día libre es oír el sonido de un avión…

- Si claro, tiene su lógica

- Ya casi es hora de cerrar, le apetece que regresemos juntos a casa y le explico con más detalle las cosas que podría venderle.

- Es que yo…he venido con mi bici.

- Bueno…si quiere se la llevo yo

- Déjeme invitarle a una cerveza en la plaza, hace una tarde maravillosa.

- Bueno… está bien…

- Al fin y al cabo somos vecinos, no conozco a nadie del edificio. Podrías ponerme en antecedentes, para saber a quien dejarle mi basura en la puerta o a quien puedo robarle el periódico de la mañana.

- Si…jajá jajá, hay unos cuantos de esos.

Paseamos hasta una terraza, resultó una mujer no solo arrolladoramente bella e irresistiblemente dulce sino además extremadamente simpática y divertida. Me sentía a gusto con ella, era como si ya la conociera; estaba sorprendentemente relajado, tanto que olvidé por un momento la finalidad que me acercó a ella; la de seducirla.

- Debe ser muy interesante tu trabajo, viajar por todo el mundo, conocer otros países, la responsabilidad de manejar un avión…

- Bueno, todo cansa, a veces me gustaría tener un trabajo como el tuyo.

- Nunca es tarde para cambiar…

- Para mí sí…

Paseamos hacia casa hablando sin parar sobre ella, sobre mí, sobre nosotros, sobre el vecindario y el portero, sobre arte, sobre el tiempo… nunca me había encontrado tan cómodo con nadie y al parecer ella sentía lo mismo, pues sonreía todo el tiempo. Al llegar al portal nos paramos ante él y nos miramos a los ojos, sus ojos me atravesaron y un escalofrío recorrió mi cuerpo, fue una sensación extraña, nueva e insólita. De nuevo tuve la sensación de que Alicia podía leer mis pensamientos, descubrir mis secretos más íntimos,

hacerme suyo, su siervo, su esclavo, me acerqué a su rostro, pero ese momento mágico y maravilloso fue truncado, como era de esperar, por una de las peores noticias que podía recibir en aquellos momentos.

Mi padre había muerto, su avioneta se había estrellado, Paco hablaba desde el otro lado con voz afectada, entrecortada, lloraba, se atragantaba y yo le escuchaba como si no entendiera sus palabras, como si me estuvieran contando una película, como si no fuera la cosa conmigo. Alicia me miraba con los ojos muy abiertos, asustada por mi expresión, le pedí disculpas y salí corriendo hacía mi piso, cogí lo que consideré iba a necesitar y bajé al garaje, actuaba de forma autómata, como un robot, como si no pudiera creer lo que mis oídos acababan de escuchar y mi cerebro intentaba procesar sin éxito.

Cogí el coche y llegué a mi pueblo sin saber cómo había llegado, qué carretera había tomado, si había ido por autopista o por la comarcal, solo recordaba las palabras de Paco, los ojos de Lucía, la sonrisa desdentada de Flor frente a la sonrisa maravillosa, imborrable e inigualable de mi padre que ya nunca volvería a ver.

Llegué a mi casa, mis hermanas ya habían llegado, yo era el último, mi madre yacía en una cama cargada de tranquilizantes, solo se oía un débil gemido que salía de su garganta, tenía los ojos abiertos pero no me veía, entonces volví a odiar a mi padre por ser el motor de su vida sin merecerlo. Me eché al lado de mi madre y la abracé fuerte, la abracé como no lo había hecho desde pequeño y por fin lloré, pude llorar y echar todo mi amor y mi odio por mi padre, mi tristeza por su muerte, mi culpabilidad por despedirme de él con reproche y mi impotencia por no poder salvarle, por no poder salvar a nadie, por fallarle a él, a Flor, a mi madre, a Angie, todo lo que toco lo destruyo.

Desperté junto a mi madre, ella seguía con los ojos abiertos y seguía gimiendo y yo seguía con ese nudo en el estómago que ya no se desharía nunca.

Mis tías se ocuparon de organizar el funeral, entierro no habría, puesto que su cuerpo había quedado totalmente calcinado junto al avión. No había quedado nada. Mis hermanas estaban destrozadas pero intentaban aparentar entereza ante mi madre, no hacía falta. Ella no se enteraba de nada, estaba sumida en una especie de shock. El médico la visitaba cada día, le hacía pruebas y nos decía que era cuestión de tiempo y tuvo razón. Al tercer día, como nuestro señor Jesucristo, se levantó, se duchó, se hizo un moño, se puso uno de sus

vestidos de domingo y se mostró encantada de vernos a todos allí. Preparó comida y sonrió con su dulzura habitual.

- Hoy es un gran día, estamos todos juntos otra vez, hacía mucho tiempo que no estábamos todos, hay que celebrarlo.

- ¿Estás bien mamá?

- Si, cariño, muy bien, ya os dije que esto sucedería, tu padre se ha ido para siempre, tenía que ser así, es lo que él quería, ahora es libre del todo por fin…

Sonrió de nuevo, se levantó y se fue a su habitación… al rato volvimos a oír ese llanto sordo, esos gemidos casi imperceptibles que ella ahogaba para que no nos preocupáramos, para que no sufriéramos.

- Mamá está mal, alguien debería quedarse con ella.

- Nosotras nos ocuparemos, no os preocupéis, lo superará, al fin y al cabo ha vivido más sin él que con él.

- Lo sé tía, pero ahora es distinto, él no va a volver. Yo no me puedo quedar, Paolo me necesita, casi me cuesta una pelea venir…

- Paolo es un hijo de puta hermana, ni si quiera se ha dignado a aparecer, ¿qué pretendía?, ¿qué te perdieras el funeral de tu padre?

- Él está muy ocupado y no quería que yo volara porque… porque…estoy embarazada.

-¡Bien!, ya lo ha conseguido, y lo próximo que es, dejarás tu trabajo claro, los productos que utilizas podrían dañar al bebé…

- Claro, son tóxicos, ahora lo importante es el niño.

- Acabas de firmar tu sentencia de muerte querida…

- ¡Yo no soy como tú Leo!, a mí no me da miedo querer a alguien, ni me da miedo quedarme en casa cuidando de mi hijo, volveré a trabajar cuando sea el momento, yo quiero a Paolo, quiero estar con él, tú eres incapaz de querer a nadie, ¡eres egoísta e intransigente como papá!

- Quizás tengas razón hermana, te felicito, cierra tu jaula y trágate la llave, porque no saldrás de ella nunca más.

- Cada uno es libre de elegir lo que quiere en la vida, quiero una familia, yo no quiero morir sola como…

- Como papá...o como yo…

- Mañana temprano me voy a Madrid Leo, mi vuelo sale al medio día, me ha alegrado verte, espero que seas el padrino de mi hijo.

- Se levantó, beso a mis hermanas y a mis tías, me miró con afección y se

retiró a su habitación.

- Yo también me tengo que ir ya a Barcelona, tengo muchísimo trabajo retrasado, cualquier cosa me llamáis y vengo, ¿vale?

- La vida sigue, ¿no?, aquí no ha pasado nada, es genial, llorasteis más por el bastardo de Henry.

- Éramos unas niñas, no seas injusto, todas sentimos lo que le ha sucedido a papá, pero tampoco estábamos muy unidas a él, nunca estuvo, contigo fue otra cosa, se dedicó más a ti… no puedes echarnos en cara cosas que no conoces Leo, tú no tienes ni idea, no sabes nada.

- No te preocupes Lorena, yo me quedo con mamá, me vendré a vivir aquí hasta que todo se calme, hasta que ella se recupere…

- Gracias Lucía. Cuanta más gente esté con ella ahora mejor.

Solo tuvo que quedarse un par de meses, fue lo que duró el agotado y maltratado corazón de mi madre en romperse por completo.

## SABER AMAR

Amar a alguien supone compartir, entender y ser uno con nuestras rarezas, hasta el extremo de no recordar si ese movimiento nervioso que repites una y otra vez en determinadas situaciones es algo tuyo o una manía adquirida.

Aceptar a Alicia con sus cambios de humor, sus patucos de punto las noches de invierno, sus locuras incomprensibles, sus obsesiones, su terror a la soledad compartida, sus celos, sus manías… supuso la prueba máxima de mi profundo, imperecedero, sublime y profundo amor por ella.

Ahora acarreo todos esos recuerdos con una mezcla de amargura y nostalgia, procurando no olvidar ni uno solo de los momentos vividos. La felicidad es un cúmulo de pequeños instantes que nos pasan inadvertidos, por lo tanto la felicidad no existe sin el recuerdo de una dicha ya vivida y no saboreada que al rememorarla convierte el dulzor de antaño en amargura y congoja.

Mi madre nunca llegó a conocer a Alicia. Le hubiera gustado saber que su hijo por fin se había enamorado, y que a pesar de ello no huía, le hubiera gustado darse cuenta de que al fin y al cabo no era como mi padre. Ahora ya no importa, ella está muerta, y tú… imagino que ya nunca despertarás mi querida Alicia o probablemente si despiertas no querrás tenerme a tu lado, ahora es de mí de quien huyen la mujeres y yo te persigo porque te necesito a mi lado, no sé cuanto durará esta locura, ojala fuera eterna, porque tú si has llenado mi vida Alicia, más que los aviones, más que todas la mujeres hermosas de este mundo y de otros mundos.

Dejé de volar, lo hice para estar contigo. No fue culpa tuya, tú solo fuiste la excusa, llevaba tiempo dándole vueltas. Estaba ya tan cansado de todo eso…

Comencé a dar clases, me gustaba enseñar, me gustaba sobre todo la emoción de mis alumnos en su primer vuelo, algunos lloraban, otros reían, muchos gritaban eufóricos, yo había hecho todas esas cosas que quedaban guardadas en mi memoria como instantes de felicidad que quizás no supe disfrutar plenamente y que ahora están

borrosos.

Casi no recuerdo ya la cara de Flor, sí su sonrisa desdentada la última vez que nos encontramos, no entiendo por qué los malos recuerdos se registran en tu cerebro de un modo tan imperecedero y sin embargo con los buenos debemos estrujar nuestras meninges para lograr hacerlos más nítidos y reales porque se mantienen obtusos y confusos como si se tratasen de sueños y no de realidades.

En ocasiones me acuerdo de Angie con una mezcla de nostalgia y ternura, realmente llegó a asustarme su vehemencia, su actitud psicopática, su enajenado arrebato, pero he de reconocer que alguna vez he deseado con todas mis fuerzas despertar esa alienación en ti Alicia, para sentirte mía por completo, sé que te enfadarías muchísimo conmigo al oírme hablar así, odias eso de las posesiones, yo también lo odiaba antes de conocerte y lo odio con nadie que no seas tú, lo siento, no lo puedo evitar. Contigo el ser absorbente, perturbado e incoherente soy yo, y estoy pagando el daño infligido a Angie. A ella también le fallé, y ahora yace en un hospital psiquiátrico por matar a su chaman.

## ANGIE, MI BELLA LOCA

Cuando me lo contaron no lo podía creer, bueno…la verdad es que Angie era capaz de eso y mucho más por amor o por lo que fuera que sintiera ella en ese corazón confuso y necesitado.

Poco tiempo después de mi despedida a la francesa, Angie conoció a un hombre arrebatadoramente atractivo en el avión, con aspecto de Mesías y cerebro de embaucador, por supuesto desplegó todos sus encantos ante él y por supuesto él sucumbió a ellos, huelga decir que quedaron tras el vuelo en verse, pero este nuevo fichaje no era como los demás, él no quería disfrutar de su cuerpo así sin preparar el terreno para algo más sublime, actuaba bajo la base de un plan preconcebido de antemano, sabía exactamente el lugar que iba a ocupar ella en su negocio, era fácil, lo había hecho otras veces, era un auténtico profesional de la estafa y contaba con millones de adeptas dispuestas a dar la vida por su gran obra.

Se dedicó a ensalzar sus facultades espirituales, le dijo que era un ser especial con un aura increíblemente brillante, que sus chacras estaban desequilibrados pero que en cuanto potenciará su energía interior los equilibraría, logrando de este modo la absoluta felicidad en su vida, la convenció de sus capacidades visionarias y de su gran potencial como sacerdotisa de su organización religiosa, o sea, de su secta peligrosa; ella, debido a su retrograda educación, su desesperación, su estado anímico, su inocencia, su estupidez, su simpleza, su locura, su necesidad de ayuda, de amor, de cariño , de comprensión de lo que sea, lo dejó todo y se fue con él a su mansión del renacer a la vida espiritual… se trataba de un chaletazo en el centro de Londres con piscina, yacuzzi, spa y todas las comodidades imaginables, allí vivían muchas personas, algunos discípulos adeptos a su filosofía y el resto mujeres hermosas, fanáticas de sus teorías sobre la verdad del mundo, del universo y de la vida. Angie entró allí desorientada y triste, pero con la esperanza de ser feliz por fin. Su maestro había demostrado ser un experto psicólogo altamente competente que logró metérsela en el bolsillo en poco más de quince minutos. Angie no estaba acostumbrada a que le hablaran de su alma, no antes de haber poseído su cuerpo, y eso, sorprendentemente le gustó, y no solo le gustó, le dejó sin defensas. Ella era una presa fácil para ese tipo de personas.

El le ofreció su ayuda, su casa, su vida…le ofreció todo de forma altruista y cuando la tuvo en su red la estrujó hasta dejarla vacía, sin una gota de sí misma.

Angie como era de esperar se enamoró locamente de él, de su atrayente personalidad, de su poderosa energía, le admiraba, le deseaba y él colaboró metiéndole en la cabeza que el amor y el sexo eran algo maravilloso y altamente espiritual que debía ser compartido y utilizado al máximo, por lo que las paredes de aquel chalecito de lujo fueron testigo de auténticas orgías organizadas por el líder para su disfrute personal, a veces eran varias adeptas las que tenían que copular con él para alcanzar la iluminación, en otras ocasiones todos sus siervos y siervas tenían que fornicar entre ellos bajo su atenta mirada. Angie sabía todo esto, pero sentía que era ella la preferida, nunca le pedía que estuviera con otros hombres, en ocasiones le había obligado a estar con otras de las chicas que allí vivían, argumentando que esa experiencia eliminaría absurdos tabúes educacionales que limitan la posibilidad de abrir tus sentidos al mundo espiritual lo cual imposibilitaría absolutamente la redención y consiguiente logro del escalafón final de la pirámide, la iluminación. Ella aceptaba porque sabía que era la única afortunada que compartía su alcoba, era la elegida, y no por sus evidentes atributos físicos sino por su gran potencial espiritual, ella era la elegida para dirigir a todos los adeptos a la salvación, juntos podrían lograr la redención del mundo, ella se lo creyó, su autoestima se elevó más que los aviones que había dejado atrás, se sentía importante, especial, enamorada, por fin había encontrado su camino, había conseguido lo que siempre había anhelado, una gran familia. Ellos eran uno y todos sus adeptos formaban un solo cuerpo con ellos así como las gotas se convierten en una con el océano. Ni que decir tiene que Angie, al igual que todos los demás hizo propietario a su querido amo y señor de todas sus pertenencias incluidas su vida y su alma.

Toda esta idílica situación se truncó en el instante en que su idolatrado farsante encontró otro caramelo que llevarse a la boca, más joven, más dulce y apetecible, más inocente y con más recursos.

Cuando los descubrió juntos y se dio cuenta de que había sido relegada al papel de mera concubina perdiendo de este modo su reinado de cabecilla visionaria, sus alto potencial desapareció al instante, y pasó de ser especial a ser una más, como siempre… Angie no pudo soportar esta nueva derrota y quemó aquel magnifico chalet con todos sus perturbados moradores.

Cuando la encontraron, tirada en un descampado, sucia y medio desnuda, en estado de shock, no recordaba nada, solo repetía una y otra vez la misma frase.

- Lo he logrado, al fin veo la luz.

Sonreía con la mirada perdida, y así sigue a día de hoy. Fue ingresada en un hospital psiquiátrico donde probablemente pasará el resto de sus días.

Cuando me enteré de su trágica situación me acerqué a visitarle. Ella ni siquiera me reconoció, me miraba sonriendo pero sin verme, seguía inmersa en un mundo imaginario del que ya nunca saldrá. Es mejor así, se le veía feliz, satisfecha de su mísero destino. Me sentí fatal, culpable, ella era otra de las muñecas de porcelana en cuya aniquilación colaboré. Su mirada vacía entró también a formar parte de mis más lacerantes recuerdos.

# PENSAMIENTOS

Creí que te había perdido, al verte allí, inconsciente, pensé que te ibas para siempre y al creerlo, perdí también el nexo con la vida, todo se me vino encima, sentí una enorme distancia con el mundo, como si ya no perteneciera a él y mi única salida fuera diluirme con el infinito y desaparecer junto a ti.

Cuando me dijeron que no saldrías, mi dolor se volvió tan agudo que lo creí irreal, me senté a tu lado y juré que no me movería de allí, que no te dejaría hasta que tú decidieras dejarme a mí, esta vez estoy cumpliendo, a veces los hombres cumplen. Te miraba, miraba cada una de tus heridas, cada uno de tus rasgos que ya sabía de memoria y que tan inmóviles no parecían los tuyos, era como contemplar una estatua de ti misma, mal hecha, una estatua sin alma, pero tuya al fin y al cabo, quería tatuar en mi retina todos los detalles de tu sereno rictus. Los primeros días me quise morir, tus amigos y familiares venían a visitarte y yo me sentía tan culpable que no era capaz ni de mirarles a la cara. Pensé que la culpabilidad era un sentimiento femenino, todo se paga en esta vida, y vuestro sufrimiento lo estoy pagando con esta agónica e imperecedera sensación de dolor. Como quisiera olvidar, reescribir mi historia, restructurar mi memoria para ser feliz.

Te miro, Alicia, y me devuelves silencio, como cuando te enfadabas y pasabas horas, a veces días, negándome la palabra, cerrabas tus labios, apretabas tus infantiles morritos y tus ojos transmitían un profundo rencor. Porque esta vez no hiciste lo mismo Alicia, por qué tuviste que salir corriendo, por qué no dejaste que me explicara; hubieras sabido la verdad y hubiera pasado lo de siempre, que con el tiempo, largo o corto hubieras olvidado todo y me hubieras vuelto a sonreir, con esa sonrisa que todo lo iluminaba, hasta mi oscuro interior. Esa sonrisa se convertía en mi vida entera, la necesitaba como el aire, ahora, sin ¿ella?, muero un poquito más cada día.

Te quiero Alicia, a ti sí, lo has sido todo para mí desde el día en que te puse esa pulsera que te hacía sentir tan triste y desvalida, todo lo demás no existe, no tiene importancia, es mentira.

**Un día me sorprendí riendo y me sentí traidor, no quiero reír si tu no ríes conmigo. No cabe la alegría en un mundo en el que tú no estás, en el que solo existen recuerdos que se pasean por mi cabeza como sombras errantes y que se burlan de mi haciéndose cada vez más difusos espectrales.**

**Tengo mucho tiempo ahora para pensar, demasiado tiempo. Las enfermeras me riñen, piensan que es absurdo que pase aquí día y noche, junto a ti, no tienen ni idea de lo rápido que pasa el tiempo, y que un minuto que estoy lejos de ti es un minuto que no volverá nunca, que no podré aprovechar. Quiero estar aquí cuando abras tus ojos o cuando los cierres para siempre.**

Hay una enfermera que me cae bien, se llama Martina, es simpática y entiende mi dolor. Ella perdió a su marido, no la imagino llorando junto a un hombre moribundo, es alegre y descarada, y hace bromas sobre temas siniestros. Gracias a ella comencé a contarte todo lo que se me pasaba por la cabeza, está convencida de que los enfermos en coma lo oís todo, tú siempre oías todo lo que yo decía, sé que ahora lo harás también, te despertarás para hacerme callar con un grito, como hacías en casa cuando me ponía pesado con tonterías y yo te contestaba que no soportaba a la gente que gritaba y que tú gritabas muchísimo al hablar, ahora daría la vida entera por uno de tus estridentes alaridos.

A veces pienso que vagamos por la vida dando vueltas a lo mismo, una y otra vez, sin percatarnos de ello pasamos constantemente por las mismas casillas, como en un absurdo y desconcertante juego, cayendo siempre en los mismos errores. Somos las patéticas fichas de un dios burlón que observa el juego impertérrito desde su privilegiada posición de tahúr único y omnipotente.

Si hubiera sabido que nuestro juego se acababa, hubiera destinado cada segundo del día en hacerte feliz. Si realmente fuéramos conscientes del tiempo, de su devenir, de que la felicidad se compone únicamente de fugaces momentos que se escurren entre los dedos, cuan distinta sería nuestra actitud ante la vida.

# EL FIN

Me niego a creer que todo se rompa por un malentendido, no lo acepto, justo ahora que todo iba tan bien.

Tras la muerte de mi madre yo me encerré en mi mundo. Seguí trabajando pero no hablaba con nadie, no me relacionaba, no me interesaba nada de lo que acontecía a mi alrededor, no cogía el teléfono, ni siquiera a mis hermanas, fuiste tú quien me devolvió las ganas de vivir, la alegría. Un día llegué a mi piso de Madrid, llevaba semanas fuera y por fin tenía varios días libres para descansar. Mi objetivo era doparme a somníferos y dormir hasta el día en que me tocara trabajar de nuevo, y allí estabas tú, en la puerta de mi apartamento, con tu aspecto disperso golpeando la puerta con insistencia.

- ¡Alicia!

- ¡Leo, por fin!

**Te lanzaste a mi cuello y me besaste en la mejilla…**

- Estaba preocupada, no sé nada de ti desde que recibiste aquella llamada y saliste corriendo.

- Llevo meses viniendo todos los días a la misma hora, me viene de paso…

- No me diste tu teléfono

- Si necesitas algo…yo…

- Necesito todo bonita, en tres meses he perdido a mi padre y a mi madre y…

No pude terminar, Alicia me besó y ese beso fue para mí el principio del fin, fue diferente a todos los besos que había dado y recibido en mi vida, fue un acto deseado y no esperado, intenso y sorprendente. Me quedé sin habla.

- Lo siento, sé que apenas nos conocemos pero siento como si…

- ¿Nos conociéramos de toda la vida?

Aquella tarde decidimos no separarnos nunca, pasamos juntos mis vacaciones en tu casita de la sierra, una casita acogedora y terriblemente romántica, perdida en medio del campo. Allí hicimos el amor por primera vez sobre tu alfombra de cebra que en realidad era de piel de vaca teñida a rayas negras y blancas, junto al calor del hogar, nos acariciamos durante horas deseándonos hasta el delirio, también hicimos el amor en tu preciosa casita por segunda vez, y por tercera, quinta, octava, hicimos el amor una veintena de veces en todos los rincones de tu preciosa casa, incluso en los aledaños de la misma, en todas partes, y cada vez resultaba más mágico, más intenso, fascinante y enloquecedor no pudimos despegarnos en toda aquella fascinante, irrepetible e inolvidable semana. Hubiera deseado que ese tiempo no terminara jamás, que fuera eterno…Dos meses después solicité un puesto en una escuela de aeronáutica de Madrid y dejé de volar. Han sido seis meses de felicidad ininterrumpida y quince días de dolor Alicia y me da la sensación de que he pasado un siglo de dolor y un instante de felicidad.

Aún no me lo puedo explicar. Como es posible que toda tu vida sea perfecta y de pronto, en un instante se desmorone todo, como si de un castillo de naipes se tratara.

Aquella noche te esperaba, había preparado una cena especial, quería que todo fuera perfecto, y de repente apareció Carla, la maldita amiga de mi hermana, con una idea fija, pasar una noche como las que solíamos tener en Barcelona.

Llamó a la puerta de manera ansiosa, yo me apresuré a abrir, convencido que serías tú, mi amor, y apareció ella henchida de botox y maquillada como una ramera. Llevaba una gabardina amarilla muy llamativa y unos zapatos de tacón negros, se abalanzó a mi cuello y me besó, acto seguido abrió mi camisa rompiendo todos y cada uno de los botones que la componían.

-¡Pero Carla!,¿qué estás haciendo?, ¿estás loca?, ¿¡qué coño estás haciendo aquí!?

- He venido a verte mi adorado semental, hace siglos que no nos vemos, te

he echado de menos pichoncito.

- ¿¡No sabes llamar antes!?, yo ahora tengo pareja joder, ¡no soy el mismo!

-Ohhhh, ¿mi pichoncito se ha enamorado?, no pasa nada cielo, yo no soy celosa, ya lo sabes…En ese momento se quitó la gabardina y la tiró por los aires, debajo solo llevaba un conjunto de lencería fina de aspecto carísimo y milimétrico…

- ¡Estás zumbada Carla!, ¡ponte la gabardina de inmediato, mi novia llegará

en cualquier momento…

- Fijate en mí, churri, olvídate de esa. A que ella no tiene este cuerpazo, mira cari, tengo un culo nuevo….jajá, jajááá.

Cogió mi mano y la puso en sus siliconadas nalgas mientras agarraba mi miembro con fuerza y succionaba mis labios con morbosa intensidad…La aparté con violencia, pero fue demasiado tarde, tú llegaste mi querida Alicia, y el “no es lo que parece habitual” no sirvió de nada en aquella ocasión, era todo demasiado explícito, demasiado sucio y violento, pero por una vez no mentí, aquello no era lo que parecía.

Te quedaste mirando la escena durante unos segundos con expresión incrédula. Yo trataba de explicar que aquello no era así, pero tú no me oías, después tus ojos se llenaron de lágrimas y una punzada de dolor recorrió mi estómago en toda su extensión. Carla se reía intentando quitarle hierro al asunto, la hubiera callado de un tiro en la boca. Saliste corriendo escaleras abajo, y yo detrás, pero no pude alcanzarte, tenías la bici en el patio, la cogiste y saliste corriendo. El portero te abrió la puerta a pesar de mis gritos, le suplicaba que te retuviera desde el primer piso, pero él te abrió la puerta y de pronto un pitido, un frenazo y un ruido ensordecedor que no podré olvidar jamás, que retumba en mi cabeza desde aquella fatídica noche, que me está volviendo loco de culpa y de pena.

No sé qué más pasó no lo recuerdo, solo recuerdo que me arrodillé a tu lado intentando reanimarte, pero ya no estabas, te habías ido.

-¿Dónde estás Alicia?

Te lo pregunto cada día con desesperación, tengo la sensación de que nunca más volveré a escuchar tu voz y la sospecha de ese eterno silencio me desespera.

Desde que te fuiste solo siento agonía y oscuridad. Imagino que tendré que acostumbrarme a ello, vivir con ello, o quizás dejar de ser yo para ser otro que me recuerde a mí mismo en otro tiempo más amable, que no me devuelva ante el espejo esta imagen trágica que ahora empuño. La felicidad es pura quimera, solo me queda aprender a escapar del dolor como bálsamo para evitar la desesperación. Intento recordar el dolor que sentí al morir mi madre, fue algo desgarrador, me eché a su lado y la abracé, como ella hacía cuando yo era pequeño, y como te hago a ti cuando nadie va a entrar en la habitación, te abrazo para intentar traerte de nuevo a este lado, conmigo. No debí permitir que aparecieras en mi vida quebrando mis emociones, yo que era tan cerebral y calculador, que jamás me dejaba llevar por los sentimientos, que me importaba un carajo todo, ahora ¿qué?, solo soy un patético reflejo de mí mismo.

-¡Quieres dejarle ya hermano, así no volverá!, solo por no tener que aguantar tus rollos me iría yo al limbo ese en el que mora tu novia.

-Menos coñas hermana estoy jodido.

Nos abrazamos, no veía a mi hermana desde el bautizo de su hijo, mi ahijado, Andrea.

-¿Cómo estás cariño?. Tienes mala cara. Anímate, el médico me ha dicho que el coágulo se ha reabsorbido casi por completo. Podría despertar en cualquier momento.

- Eso es lo que me preocupa, que no despierte ya. Temen que podría haber algo más, le están haciendo pruebas. Todo esto es desesperante Angela, no se lo deseo a nadie.

- Mi hermanito el duro, el imposible de amarrar, quien te ha visto y quien

te ve…

- Ya te digo!, me alegro montón de verte hermana, ¿y el niño?, ¡quiero verlo!

- ¿y Paolo?

- Te invitamos a cenar esta noche y te contamos. Nos vamos a quedar una semana. Paolo tiene negocios que cerrar en Madrid y yo aprovecharé para estar con mi hermanito y animarle un poco. No puedes seguir así, te vas a enfermar!.

- No puedo irme, ¿y si despierta?

- Pues cuando vuelvas te verá ya.

- No, no puedo. Tengo que estar aquí cuando despierte…

- O sea que me vas a dejar sola dando tumbos por Madrid con un bebé. No seas tonto Leo, tienes que salir, deja ya de sentirte culpable, ¡joder!

- No puedo, de verdad no puedo…

- Mañana cena, Leo. Vienen también Lucía y Lorena, no puedes faltar.

- Faltará Alicia.

- Ya vale Leo, ¡reacciona!

- Está bien iré.

En ese momento vi como mi hermana abría los ojos como platos y aguantaba la respiración, como si hubiera visto un fantasma.

-¡Se ha movido Leo!, ha movido los dedos, y sus ojos… ¡mira sus ojos!

Corrí hacia Alicia. Sus ojos estaban entreabiertos, me eché sobre ella y la abracé; ella abrió más sus ojos y me miró, como si no me reconociera, después empezó a mover la cabeza hacia todos los lados, asustada. Me recordó a mi cuando despertaba de pequeño en mitad de la noche, quise abrazarla de nuevo pero dos enfermeras me agarraron y me pidieron que saliera, había llegado el médico. Alicia estaba desorientada, intentaba hablar, pero no podía, no podían obligarme a salir, después de tanto tiempo a su lado, necesitaba que me reconociera, sentir que me había perdonado, que aún había un

futuro para nosotros, pero me hicieron salir. Volví a mirarla, ella también me miraba, le sonreí y ella me devolvió la sonrisa, una sonrisa pétrea, lúgubre, sin ganas, pero una sonrisa al fin y al cabo. Me sentí feliz.

Aquella noche la ingresaron en cuidados intensivos para tenerla en observación, analizar posibles secuelas, seguir de cerca su evolución…, así que decidí acudir a la famosa cena, llevaba tiempo sin salir, y la verdad es que no me apetecía en absoluto, lo único que quería era darme una ducha caliente y dormir en mi cama por fin después de dos semanas en el tortuoso sillón del hospital.

Cuando llegué ya estaban todos allí, mis hermanas con sus respectivas parejas y Paco. Me alegró inmensamente verle y me lancé a sus brazos, casi se me saltaron las lágrimas, pero me contuve, siempre he evitado llorar en público. La cena fue muy agradable, nos pusimos al día de nuestras respectivas vidas, recordamos a nuestros padres, nos reímos, lloramos, bromeamos, fue como una bocanada de aire fresco después de tanto tormento. Pero no me sentía del todo feliz, no me quitaba de la cabeza a Alicia, por primera vez rogué a Dios para que no quedaran secuelas y todo se resolviera felizmente, aunque la contraprestación supusiera su rechazo.

Aquella noche pasaron por mi mente todos aquellos momentos importantes en mi vida, todos aquellos instantes que permanecen grabados para siempre en nuestra alma, los buenos y los malos. Siempre quedará un hueco en mi interior para mis niñas, para todas ellas. En él está mi bondadosa madre, mis críticas hermanas, mis adorables tías, mi alocada Flor, mi sofisticada Francesca, mi pequeña Angie y mi dulce Alicia, todas están en mi corazón y espero que guarden un trocito para mí en los suyos. A partir de ahora, mi único objetivo ya no será ampliar esta lista de tesoros, sino lograr que el milímetro cuadrado que Alicia ha destinado para mí se haga cada día más y más grande, hasta llenarla por completo.

Al día siguiente me desperté con una sensación extraña, y sin avisar a Lucía y Lorena que se habían quedado a dormir en casa salí hacia el hospital. La enfermera se acercó a mí sonriendo.

- Le hemos echado de menos esta noche…

-¿Cómo está?

- Evoluciona favorablemente y con mucha rapidez. Está respondiendo muy bien al tratamiento, aún tendrá que permanecer un tiempo en el hospital y luego tendrá que hacer rehabilitación, será duro y costoso, pero es una mujer muy fuerte, sabrá afrontarlo con valentía. Lo importante es que no han quedado secuelas y que en poco tiempo podrá llevar una vida absolutamente normal. Esta mañana la han subido ya a planta, continuaremos observando su evolución desde allí, es más cómodo y agradable para ella y no hay razones para pensar en un empeoramiento de su estado.

Me estremecí de entusiasmo, y respiré aliviado por primera vez desde hacía más de quince interminables días.

-¿Ha preguntado por mí?

Sonrió….

- Claro que ha preguntado por usted, a lo largo de toda la noche, me ha pedido que le peine y que le ponga un poco de colorete para estar guapa cuando usted llegara, pero no se lo diga… es un secreto…

- Ella siempre está preciosa.

- Corrí escaleras arriba con el ansia de la desesperación, como si no hubiera un mañana, necesitaba verla cuanto antes. Con las prisas no se me ocurrió comprar unas flores o algún regalo, hubiera sido un detalle después de todo…pero a ella no le importaban esas cosas… Cuando entré en la habitación estaba con los ojos cerrados, habían acercado su cama a la ventana y el sol iluminaba su rostro, sonreía,

estaba preciosa, me acerqué sigiloso y le besé en los labios, con suavidad, ella respondió positivamente a esa primera toma de contacto, lo cual calmó considerablemente mi ritmo cardíaco. Después me miró, su expresión era tranquila y feliz, como la de alguien que acaba de regresar de una experiencia mística.

-He echado de menos el calor del sol sobre mi piel, nunca lo había disfrutado tanto como hoy…

Sonrió, me acarició el rostro con ternura mientras yo me perdía en sus preciosos ojos verdes. Con su otra mano levantó un objeto ante mis ojos.

-¿Me pones la pulsera?, he dejado de confiar en los desconocidos…

- Ahora ya nunca estarás sola…

- Eso no importa cariño, no quiero pensar en mañana, solo en hoy.

-¿Me perdonas?

- Hasta la próxima…

- No habrá próxima,

- Si la habrá, pero ya nos ocuparemos de ella cuando llegue el momento…los cuentos no existen cariño, la realidad es un continuo fluir y lo que hoy es blanco mañana adquirirá un nuevo viso. Ahí radica lo bonito de la vida y lo terrible, es mucho más divertido así, ¿no crees?.

- ¿Por qué me perdonas Alicia?

- Porque por fin me lo has explicado todo y yo te he entendido, porque nunca te dejo hablar ni explicarte, porque has sido sincero contigo mismo y te has dado cuenta de tus errores, porque todos fallamos en algún momento, todos actuamos de forma cruel y egoísta y por ello no puedo, ni quiero juzgarte...

-¿Cómo que te he explicado todo?, no te entiendo…

- Llevo varios días escuchándote cariño, sintiendo tu olor, tus

caricias, tus besos, tu presencia, sin poder responder, sin poder moverme, sin saber si estaba viva o muerta y era mi espíritu el que permanecía a tu lado, impotente y desesperado. No sé cuánto tiempo, no sé si fueron unas horas o varios días, pero he escuchado lo suficiente como para saber que te quiero, que te adoro y que confío en ti y que confiaré en ti cuando me hagas la próxima faena.

- No habrá próxima…tú me haces ser mejor persona, nunca más te voy a fallar Alicia, ¡nunca!

- Cierra la boca y bésame, ¡tontín!